

Revista de Educación

(OCTUBRE - DICIEMBRE 1956)

REVISTA DE EDUCACIÓN

NICOLÁS BESIO MORENO	Sentido de la instrucción y de la educación.
CARMEN BLANCO AMORES	Los títeres en la historia.
FRANCISCO E. MAFFEI	Comentarios platónicos.
SANTIAGO RAÚL OLIVIER	Viaje a Tierra del Fuego.
MARIO PEI	Los nombres de lugar y de persona,
LUIS MARÍA RAVAGNAN	A propósito de la Gestalttheorie.
JORGE MAX ROHDE	El Infierno Dantesco

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

WERNER JAEGER, *Demóstenes: el fin*. AUGUSTO MARINONI, *Unidad del pensamiento vinciano*. ARTURO MARASSO, *Una identificación con el todo*. GUSTAF STROMBERG, *Espíritu y materia*. IRIS A. IBÁÑEZ, *La libertad y su lento aprendizaje*. RAOUL COMBES, *Energía radiante*. NICOLAI VAVILOV, *Las plantas cultivadas*.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

CARLOS VAZ FERREIRA, *Los libros y los textos*. JORGE H. MORENO, *La pedagogía para excepcionales*. JACK V. HALL, *El color en la enseñanza de la Aritmética*. TOMÁS SARAVÍ ARCE, *Aproximación a lo inexplicable en la educación secundaria*. PAUL FOULQUIÉ, *Pedagogía psicológica*. AMALIA A. DE BRITO, *La copia en la escuela*. M. TRIGO VIERA, *Un caso de enseñanza objetiva*.

LECTURAS

E. RIOJA, *El coral rojo*. J. V. GONZÁLEZ, *La flor del aire*. A. HOUGHTON BRODRICK, *Los primeros dibujantes*. EDMUND HALLEY, *La predicción de la vuelta de un cometa*. A. SAINT EXUPÉRY, *Vuelo de noche*.

LENGUAJE Y ESTILO

RUFINO JOSÉ CUERVO, *Voces americanas*. ARTURO COSTA ÁLVAREZ, *La definición, el significado y la acepción*. GONZALO SOBEJANO, *Valor estilístico del epíteto*. C. ORLANDI, *Los diminutivos del nuevo Diccionario*.

BIBLIOGRAFÍA

EDUARDO KRAPP, *Angustia, tensión, relajación*. JUAN MANTOVANI, *Educación y vida*. D. DUBARLE, *Humanismo Científico y Razón Cristiana*. J. C. GHIANO, *Lugones escritor*. J. LASSO DE LA VEGA, *La selección de libros*. ERNST KRIECK, *Bosquejo de la ciencia de la Educación*.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

JEAN F. LYOTARD, *La introspección*. MARIO J. DE LELLIS, *Poesía y no poesía*. RENÉ GROUSSET, *El hombre y su historia*. JOSÉ LIEBERMANN, *Naturalistas y exploradores*. F. SUÁITER MARTÍNEZ, *La mirada y la voz*. LA DIRECCIÓN, *La crítica y sus deberes*.

CRÓNICA

FÉLIX LIZASO, *Evocación de un maestro*. ARMANDO ALONSO PIÑEIRO, *Apuntes para el estudio de la obra cultural de Mitre*. LUIS DE SANTIS, *El isondú*. DELIA A. DE AMOROSO, *El Día de la Raza*.



INTERVENTOR NACIONAL EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
Coronel don EMILIO A. BONNECARRERE

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
Doña ELENA A. ZARA DE DECURGEZ

SUBSECRETARIO DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Don GUILLERMO A. NAVEIRO

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN
Don ARTURO MARASSO

SECRETARIA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN
HAYDEE C. BLOTTO

La REVISTA DE EDUCACIÓN se publica mensualmente y forma volumen, con numeración corrida, cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Revista fundada por SARMIENTO en 1858

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas. Se vende en librerías a doce pesos.



Octubre de 1956

Año I Nº 10 (Nueva Serie)

REVISTA DE EDUCACIÓN

Sentido de la instrucción y de la educación

1. *Contenido esencial de la instrucción y la educación.* — La instrucción y la educación constituyen un sistema por el cual se logran dos fines primordiales en la existencia de la humanidad, individual el uno, por así decir, y colectivo el otro; destinados a valorizar el yo de cada uno de los hombres y el yo del conjunto de los hombres, definidos por la necesidad de construir nuevos eslabones en la cadena de la cultura universal y de vincularlos a los precedentes, y que procuren el perfeccionamiento del individuo, aumentando el de la humanidad. Engrandecer el yo personal, no para imponerlo a los otros, por agresión en la lucha de la vida, sino para hacerlo aún más, factor de concordia con sus semejantes.

Estos dos fines, por diferentes que aparezcan y sean, persiguen un mismo objetivo, son el substractum de las razones de existencia de los mortales sobre la tierra y tienden concurrentemente y como por un mismo riel, asintóticamente, a buscar la felicidad humana en todos los aspectos que puede adquirir, compatibles con los caracteres biológicos de la raza.

Por una manera, la educación y la instrucción, toman el cerebro informe del niño, desde sus días primeros, cuando la conciencia asoma vagamente en el confuso caos de la animalidad y no lo abandonan ya, adolescente, joven, adulto, viril, en plenitud, anciano, hasta que de nuevo la conciencia se entrega a las brumas que la sumergen o desaparece en la negación de la individualidad para resumirse en el universo. Mientras la luz de la razón le asiste, aque-

llas compañeras protectoras siguen al hombre en su derrotero, sin que puedan arrebatárselo ninguna de las fuerzas enemigas que se congregan instante por instante para azorar su marcha. De la misma manera, a la luz del astro del firmamento, la sombra no se aleja del caminante, por bravos que sean los tropiezos del andar: en vano se precisa o se dilata por aquí, se apresura y se diluye por allá, atenúase y se agita sobre la corriente en constante murmurio, escala los muros y se quiebra por los pedregales, siempre seguirá a su lado mientras en lo alto el luminar y en la tierra el cuerpo puedan mirarse frente a frente al través del espacio penetrable.

Por esta misma manera el niño se va transformando de endeble en robusto, de selvático en bondadoso, de mente cerrada y repleta de ignorancia en depósito y fuente de saber; de víctima de la naturaleza, en una palabra, en su señor apropiadísimo; de criatura desvalida ante todos los fenómenos exteriores que le resultan contrastes, en potente brazo que reduce todos los contrastes a fenómenos serviles a su voluntad, flexibles en sus manos, como en las del artífice el áspero material que se transforma en ánfora delicada.

Por la otra manera, la educación y la instrucción constituyen el sistema que permite a las generaciones que se van, depositar en las que vienen, todo el saber que recibieron y crearon —por el esfuerzo de los predecesores el uno, por el propio esfuerzo el otro—, que permite a cada generación pagar la deuda contraída con la anterior, haciendo por la siguiente, lo que aquélla por ella hiciera; que permite que el acervo humano no se disipe como ocurría en otras edades, sino que por el contrario se magnifique, que permite que cada generación sume su esfuerzo a las precedentes conquistas y no tenga que retornar a los períodos ancestrales para recorrer cuestas ya subidas por la humanidad con pesado y doloroso paso y hacer por sí misma lo que con tanto dolor cursaron otros hombres precursores.

Por esta misma manera cada generación prepara a la siguiente para la vida colectiva, y se propone desenvolver su multiforme aptitud para que con menos pesadumbre pueda dar mayor impulso a las conquistas humanas y para que, por su propia conformidad, no deje donde encontró las cosas, sino más lejos en la incesante marcha hacia la luz.

Por esta misma segunda manera se levanta el edificio de la hermandad de hombres, no sólo engrandecida por el enaltecimiento de cada uno de sus átomos en su gesta individual, sino por la consagración específica a su propio destino, esto es, por el cultivo de conjunto paralelo al de los elementos constitutivos. Sobre el tallo endeble estalla una gema; tiernísimo brote primero, esta gema borbota, cruje y se lanza en pos del espacio; apártase de su tallo sostén y a poco vemos al arbusto agrandado por la nueva ramazón que lo adorna y extiende como un gesto de conquista del más allá; pero al propio tiempo que el endeble tallo abre paso a su gema turgente, se consolida y dilata a sí mismo, hace más ancho su asiento, más leñoso su cuerpo, más amplio su diámetro, más elevada su copa y el árbol, así, no sólo aparece agrandado por las nuevas ramas sino también por su tronco robustecido: de la misma manera la enseñanza engrandece la humanidad porque mejora el gránulo que la constituye, de generación en generación, y porque mejora el conjunto de cada generación, acumulando la fuerza del espíritu, y afianzando la capacidad de bien y de belleza en que se mueve. Así —dice Compayré al estudiar a Spencer educacionista— «la misión de la educación se eleva y ennoblece, puesto que no es sólo un asunto personal, el interés del individuo, sino el interés de la humanidad entera, cuyo progreso se acelerará o interrumpirá, según que en cada período los educados hayan cumplido bien o mal su tarea».

Pero aun más que todo esto, con ser tanto, puede la instrucción y la educación o por decir más brevemente, el

estudio. Porque éste es también aquella organización por la cual a un mínimo de esfuerzo corresponde un máximo de desarrollo del espíritu y de la aptitud, o si se prefiere, que para una acción determinada se sigue una reacción más poderosa o una eficacia más completa; prepara pues los recursos naturales para que de ellos pueda obtenerse el mayor provecho, usando de las cosas hasta agotar su contenido utilizable y hasta donde pueden dar las armas que, en cada momento, brinda el pensamiento puro, preparándolo para perfeccionarlas o para inventar nuevas, que extremen el grado de utilización. Y es aquel camino por el cual se crea o estimula en el que estudia el hábito del trabajo, la fe en el combate; se afianza su carácter y se le conduce a la acción solidaria en beneficio común y siempre con el alimento del bien y del honor, y sobre el pedestal del saber. Porque el hombre es un animal educable, esto es, es un animal que se hace hombre por la educación. ¡Ninguno será gobernante, si no adquiere y conserva el gobierno con la semilla de la instrucción, y ninguna será virtuosa, en sus alientos, si no procura difundir la educación! Las tiranías y potestades por cerradas que sean resultan lisonjeras cuando se proponen dilatar el saber; los más respetuosos gobiernos son malvados y opresivos cuando queriéndolo o sin quererlo secan las fuentes de la enseñanza: engendran los unos y decapitan los otros la libertad; minan aquéllos y están éstos apañando el despotismo. Las dictaduras que cercenan derechos y siegan vidas y haberes, mutilan la células y fortalecen el órgano si dejan paso a la instrucción; los mansos gobiernos que respetan la justicia y viven en la equidad, dejan vivir la célula y enferman el organismo si no desarrollan la instrucción.

«Ninguna fuerza, si no es la educación —dice Compayré— puede impedir que una humanidad guiada por el interés, llegue a perderse en el egoísmo y la inmoralidad». Y bien es agregar que de la misma manera que un convoy

sigue inexorablemente por los carriles en que ha sido colocado, así la humanidad sigue bajo la guía del interés, con el impulso de los motores biológicos que la constituyen, y que no son superables hoy ni lo serán en mucho tiempo, en cuanto nos es dado penetrar entre las sombras del porvenir. Acaso alguna vez los recursos de la ciencia puedan develar un procedimiento por el cual sea posible alterar los humores orgánicos hasta el extremo de hacer bueno al malo, sincero al fraudulento, discreto al insensato; entonces la pedagogía se verá ante un problema inesperado, pero entretanto no nos queda, para ese género de perfeccionamiento, más que usar el instrumento de la enseñanza, siempre pesado, no en todos los casos eficaz, pero único recurso de que disponemos para el perfeccionamiento integral del hombre.

Sintetizando estas ideas, podemos decir en verdad, que por hoy, el único método que tenemos es la instrucción y la educación, para recoger de la generación que se va la herencia motriz y transmitirla a la que viene, preparando a ésta para recibirla y acrecentarla por el ejercicio de las facultades humanas.

Veremos luego cómo la Universidad tiene además la función de dilatar aquella herencia, esto es, aumentar el bagaje recibido con el contributivo de la generación que actúa, generación de enlace entre la que se va y la que viene.

Podrá decirse que un libro, una biblioteca, un archivo, podrían tener idéntica función y la enseñanza podría así, ser reemplazada por ellos, pero no será lo mismo si se piensa que el libro nada vale si no hay quien lo lea, si el que lo lee no está preparado para entenderlo, y que es material inerte e infecundo si no lo anima el pensamiento del lector para descubrir la sabiduría que contiene. Digamos finalmente que educar es poner las facultades del hombre mó-nada en condiciones de servir al devenir humano.

2. *Sobre la necesidad de universalizar el saber.* — Cuando bien se considera la concreción social en que viven los hombres, es fácil apereibir la influencia que en su cuadro tiene la enseñanza pública en cuanto ésta es comprensiva del desenvolvimiento de todas las fuerzas anímicas y físicas. Una determinada generación que tiene en sus manos el gobierno común y que se preocupa del mayor beneficio que en su gobierno puede desenvolver, no está autorizada a legislar tan sólo para asegurar el general bienestar y el provecho recíproco de sus contemporáneos, debe además tener un hondo sentido de formación de los gobiernos ulteriores que han de sucederle en el timón del Estado, y la sociedad que no se preocupara sino de su propio bienestar, sin meditar en el de sus hijos y de sus nietos sería una sociedad estrecha y egoísta y por lo mismo incapacitada para labrar la dicha propia. Necesario es que uno y otro pongan su mirada en los retoños de su savia y no para destinarle el sobrante de sus energías, sino, por el contrario, para darle su principal y más enérgica acción. Ningún pueblo que por el aquilatamiento sucesivo de su intelecto y de su sentido moral, haya merecido la consideración de la posteridad, ha dejado de otorgar a la infancia el máximo cuidado y su más escrupulosa dedicación; a medida que la civilización asienta sus progresos sobre aspectos cada vez más dignos del entendimiento, la visión abandona la contemplación y adoración del pasado para otorgarla al porvenir; el recuerdo afectuoso para las cosas de la espalda ha sucedido a la adoración que se ponía en imitación servil de sus virtudes y esta energía de rutina se ha puesto al servicio de fundar en las cosas del frente, virtudes más hondas y edificadas sobre las nuevas necesidades que cada tiempo crea para los hombres. De las enseñanzas del pasado se han obtenido los más puros beneficios, pues es el pasado un amigo dadivoso que nos entrega sus tesoros cuando los conocemos y utilizamos; pero ellas han de servir para afianzar el presente y robustecer el porvenir. Así,

pues, la sabiduría, sin renegar del pasado en quien nace, ilumina la ruta del porvenir dando al presente sus bellos frutos, sin duda, pero reservando para aquél los más preciados. De no ser así, la vida del mundo no estaría sembrada de martirio, por el cual los hombres entregaban la salud del cuerpo y del alma para asegurar la de sus sucesores; quebrantaban el bien que tenían en este mundo para consolidar el bien que habían de tener sus descendientes convencidos de que la efectiva inmortalidad no reside precisamente en una vana supervivencia extraterrena del alma, sino en la supervivencia terrena de la fama, bien ganada en el sacrificio, o en la prolongación en los descendientes que, adheridos a la misma tierra, llevaban en su aliento, no sólo el vínculo corporal que une padres a hijos, sino también la común inspiración surgida del fuego espiritual en cuyas llamaradas arde o se consume, en verdad, el principio superior que distingue a los hombres de cuanto los rodea en el universo sensible. La medida de la cultura de un pueblo es, sin disputa, el grado en que ha puesto la instrucción entre sus instituciones, esto es el grado en que se sacrifica en sus bienes, en sus goces y en sus libertades, para dar beneficio a la infancia y la juventud, y su grado de barbarie se mide exactamente por la poca devoción que pone en la enseñanza y en la formación de los jóvenes. «La escuela es la nación» ha dicho uno de los pensadores que engalanan la historia patria y pudo agregar sin error «y sólo ella lo es». Fuera de ella, en efecto y fuera de la instrucción y la educación en todas sus ramas no hay salud posible y los que han querido asegurar la felicidad pública por otros caminos han mostrado el duro resonar de su marcha antes que la sagrada inspiración de que procede la purificación y el progreso de las naciones.

Existe una función más alta aún que la de gobernar el Estado y dirigir las muchedumbres: es ella la de preparar la juventud, porque ello equivale a gobernar el Estado de mañana con noble sentido, o dicho de otro modo, equivale

a asegurar a los hombres de mañana, un gobierno más puro, más generoso, más preparado. Y la instrucción es el origen de todas las fuerzas de progreso y de armonía y así decía Sarmiento vidente: «Sin instrucción no hay libertad; tened escuelas y no tendréis revoluciones». Tal es la capacidad positiva del enseñar: «Educar un niño, dice Ruskin, no es enseñarle algo que no sabía; es algo más aún, es hacer de él alguien que no existía». Carlos III el famoso gobernante que miraba afligido el estado de la España de su tiempo, pudo decir, por los tiempos de Campomanes y Jovellanos, que sus intereses eran idénticos a los del saber, por lo que sentó como principio de gobierno, que la educación era la más importante de las ramas de la administración pública y es conocido el breve florecimiento que tuvo aquel país durante su reinado, hasta que a su muerte cayó de nuevo en manos de la imbecilidad y del fanatismo.

No sería posible citar siquiera brevemente la opinión de los pensadores que han proclamado el principio de la primacía de la instrucción; para ello fuera preciso traer una cita de cada hombre célebre cuyo nombre ha flotado por encima de la muerte, pero queremos agregar que el gran educacionista Compayré, acaso el más informado de los modernos en esa grave materia, ha pronunciado estas solemnes palabras: «La cuestión de la educación es cuestión vital; de ella depende el porvenir de los pueblos y ninguna reforma sin ella es posible: el progreso de la educación es cuestión de vida o muerte tanto para las sociedades como para los individuos». Y como si no fuera esto suficiente agrega: «Cuanto más las generaciones actuales hayan conformado sus actos a las leyes de la educación, más fecundas serán las fuentes que legarán a las generaciones siguientes. Y se ve como, bajo este punto de vista, se eleva y aun se ennoblece la misión educativa». Y Manuel Belgrano sostenía en 1796 que «la educación es el principio de donde resultan ya, los bienes y los males de la sociedad».

Vemos sin embargo con cuánta facilidad estos soberanos principios son olvidados por los gobiernos y las sociedades; cómo pueblos roídos por el analfabetismo, viven en el esplendor y la grandeza en tanto que el mal carcome sus entrañas y prepara su desastre; cómo sociedades enteras se entregan al lujo y la molicie en tanto que la ignorancia las rodea y mina sus cimientos para preparar su derrumbe; engalanan su rostro sin advertir que sus pies chapalean el fango. Esos pueblos y esas sociedades no sólo son indignos del nombre de entes cultos, sino que no merecen aun ni el de entes honestos: la honestidad es sólo compatible con la ignorancia en el seno de la barbarie, y ninguna sociedad puede con dignidad levantar el estandarte de sus derechos, sin haber extinguido previamente su deber primordial de combatir la ignorancia y suprimir el analfabetismo.

El rey Nabucodonosor había dispuesto el asesinato de los sabios de su reino, sin advertir la miseria en que estaba constituido y Daniel se propuso esclarecerse con viva imagen. La grande imagen terrible, tenía la cabeza de oro, el pecho de plata, de bronce el vientre y de hierro las piernas; pero los pies eran con mezcla de barro y en ellos se apoyaba. Miserable piedra lanzada al viento derribó el coloso y en el estrépito de la caída, las partes duras se dislocaron deshaciéndose en leve polvo que el céfiro levantó y dispersó. De este modo están constituidas esas sociedades que guardan la ignorancia en su masas populares, las que son el sustento del organismo; ellas merecen y serán abatidas por el golpe más pequeño, haciendo vanos y efímeros los brillantes contornos de su alta dirección. Monumentos contruídos al revés, con frágiles cimientos, la fragilidad los penetra por entero y todo el esfuerzo de consolidar las partes altas, no hace sino gravitar mayormente sobre la base endeble para acelerar su disgregación.

Se ve con esto cómo en las colectividades en que aún reina la ignorancia, medida hasta el analfabetismo, toda

actividad debe detenerse, toda acción suspenderse, para congregarse el conjunto de los esfuerzos a difundir las primeras letras, a la vez que a satisfacer la necesidad primera de la vida: después de asegurado el sustento del cuerpo, sin el cual la vida misma se desmorona, debe entrarse al sustento del espíritu, en seguida de lo cual es sólo posible atender a otras necesidades menos urgentes y menos sustanciales. Las sociedades presentes han demostrado ser capaces de esfuerzos inauditos, pero jamás hemos visto que ellos se hayan destinado a sembrar el saber con mano generosa, y bien seguro es que si por poco tiempo hubieran querido a ello destinarse, esta sería la hora en que la humanidad estaría dignificada, sino en otra cosa, en la nivelación del alfabetismo.

Pero los pueblos son los constructores de sus gobiernos, sea que por virtud activa lleven como mandatarios a los hombres de su predilección, sea que por virtud pasiva dejen llegar a hombres a cuyo ascenso no se oponen, y así en los pueblos incultos, el gobierno, ejercido más o menos indirectamente, tiene que ser por fuerza gobierno de incultura; los gobernantes más probos, faltos de fiscalización inteligente, van lentamente inferiorizándose en el ejercicio del poder, hasta rodar en el fango de la baja política y de la inmoralidad, hacia la cual la ignorancia los atrae incesantemente. «Deberíamos aprender algún día —dice Emerson— la manera de suplir la política con la educación». «Ése es el ideal —agrega Agustín Alvarez— atenuar, atemperar, amansar la política con la educación, ése es el camino».

No hay buen gobierno con pueblo inculto, como en el Sahara no brota el trigo ni surge del medio del mar el florido naranjal. «No se puede llegar al buen gobierno —dice Agustín Alvarez— por una imitación imposible del resultado, sino por la educación de los individuos que eleve el nivel de las masas». Y he aquí cómo estamos aberrojando

el destino de las sociedades a la ignorancia y al analfabetismo que encubren.

Siendo el deber primero de las sociedades atender a la ignorancia para extirpar el analfabetismo, se sigue que ninguna función le es precedente y abusan y falsean de las palabras quienes proclaman sus derechos antelativos a tal deber; si el deber es primordial, no puede dudarse que los derechos le son segundos y por lo tanto carece del derecho a la soberanía la sociedad que no hiere el analfabetismo. La soberanía y el analfabetismo son incompatibles y los pueblos superiores tienen derecho fundamental de sofocar la ignorancia, cuando alcanza esos caracteres, donde quiera que la adviertan, y la sociedad analfabeta debe sufrirlo. Pero no nos apresuremos a confortarnos: las sociedades cultas no sueñan en llevar la cultura a las regiones incultas, sino la conquista y la opresión: no realizan empresas educativas sino comerciales, no van con el pensamiento a salvarlas, sino con el bolsillo a utilizarlas.

Fuerza es pues gravitar todos los sentidos hacia la institución de la juventud y declarar y sostener, sin olvidarlo luego, que para ellas deben ser las mejores energías humanas. Así lo entendía Martín Lutero cuando incitaba al Estado a destinarse a esa obra como su primer obligación sin cuidarse en gastos, y si bien no fuera él tan absoluto como aquellos solitarios de Port Royal que tanta influencia tuvieron desde la fundación del jansenismo en el desarrollo de la instrucción, para quienes «la educación es, en cierto sentido, la única cosa necesaria», no dejó en cambio de preconizar las excelencias de la instrucción como principal medida de gobierno. Con no menos energía oiremos expresarse a Comenio, el gran maestro, cuando nos dice: «si puede haber algún remedio para la corrupción del género humano éste no resultará sino por una sabia y providente educación de la juventud» y cuando piensa que la instrucción y la educación son los medios capaces de elevar la humanidad, de ennoblecerla y de hacerla más

dichosa; de acercar y de reconciliar a los pueblos colocándolos por encima de las luchas de partido, de confesiones y nacionalidades. Y para Rousseau el arte de educar es la primera de las utilidades, como para Kant el gobierno de la juventud conjuntamente con el de los pueblos es cosa la más importante y difícil de toda otra.

A los ojos de Herbart la educación no es un oficio como los demás; es una misión santa en la que deben colocarse todas las esperanzas de una humanidad mejor. Entreveía que gracias a la instrucción esparcida en oleadas, asistiríamos al advenimiento de una edad de oro, en la que los conflictos serían sofocados, en la que la tolerancia gobernaría las acciones de los hombres, en la que el derecho y la justicia serían universalmente respetados, en la que el hombre alcanzaría la perfección.

Por esto mismo nos dice Kant en su *Pedagogía*: «El gran secreto del perfeccionamiento del género humano, reposa en el problema de la educación»; y luego: «una buena educación es, exactamente, el origen de todo bien en el mundo».

Y Horacio Mann: «La educación acabará con el crimen y con el vicio porque es parte de un plan de moral práctica social». Día llegará, cuando se haya universalizado el saber, en que se pase de la civilización a la armonía universal con el lábaro del saber generalizado y el régimen del amor absoluto.

3. *De la unanimidad de la ignorancia a la unanimidad del saber.* — ¡Penoso e ingrato el camino que viene cruzando la humanidad desde sus remotos pasos al aparecer sobre la superficie del globo hasta los lindes de la historia y desde éstos por abrojales que ya nos son conocidos, hasta las horas presentes; doloroso también lo que le resta por recorrer, con el transcurso de los siglos, hasta que el astro sea capaz de conservarse como habitación humana! Venido a la vida sumido en la ignorancia, rodeado de error

y de contraste, combatido por todo, ha tenido y tiene para agravar sus males, la conciencia de su inferioridad orgánica y anímica; endeble su cuerpo, endeble su espíritu, cada conquista en lugar de liberarlo lo ha ido encadenando en prejuicios, en dogmas, en terrores; a los motivos ordinarios de espanto que pródigamente le brindaba la naturaleza, venían a agregarse los que creaba su mente de antetumba y de ultratumba, terrenos y extraterrenos: tal el cervatillo al que no sólo aterrorizan los rumores de la selva de entre los que desata el rugido del enemigo afilado, sino también la sombra de la nube que calladamente dibuja su forma sobre el suelo escurriéndola entre los arbustos, y la rama hirsuta que se cierne en el espacio y reclina bajo el azote del aquilón.

Así el hombre, en el foso de la ignorancia original, donde se agita sin otro derecho que el de esa ignorancia en el seno de la cual vive, en la igualdad del nada saber ni nada poseer. Así la humanidad de los remotos tiempos, y así aun agrupaciones de hombres en este propio momento en varios rincones del mundo: ¡He aquí la unanimidad de la ignorancia de que habla Compayré, y he aquí el pecado original del que aún no vemos redimida a la humanidad!

En el otro polo de este ingrato lugar se extiende un florido prado en que los hombres viven bajo la luz en otra fraternidad y otra igualdad: aquí la fraternidad del amor y la igualdad en el saber, como allá en la agresión y la ignorancia, aquí la humanidad reposando ya de su fatigado camino en un sendero de paz y de concordia, sin otro desconsuelo que el pasado dolor de sus predecesores y en sano esparcimiento, no con la investigación agotada y agotado el misterio de la vida y de la naturaleza y el universo, por cierto, sino en posesión cada uno de una parte del saber común, con lo que el afinamiento de la razón y de la conducta deparen para todos el respeto de los otros, no por egoísta sentimiento de reciprocidad sino por gene-

rosa concepción del vínculo social y en que el sentido de la solidaridad social haga colectivo el dolor o el sufrimiento de cada cual, haga propias las ajenas desdichas, y ponga el esfuerzo común en repararlas cuando por su especie reparable sean. Habremos llegado así a la unanimidad del saber en que sueña Compayré. Y lo habremos logrado por la difusión de la enseñanza a todo viento y por todos los rincones; nadie que pueda ser capaz de adquirir el saber habrá dejado de adquirirlo por tener que sujetarse a la satisfacción de necesidades, propias o ajenas, más perentorias de la existencia. El hombre será respetable porque la dignidad humana se habrá extendido a todos, sin excepción alguna, sembrando la confianza recíproca y una cooperación armoniosa, hija del parecido saber.

De todas las igualdades, pues, que nos proponemos conquistar es ésta la más completa y la más respetable, porque nivela los elementos de combate para la vida de todos los hombres y porque otorga una base común de partida para que cada cual elija libremente y con espíritu claro el rumbo posterior de su existencia; éstos para ahondar más anchamente su saber sobre el haber común, aquéllos sacar provecho de la naturaleza, los otros para obtener mayores recursos para el espíritu, los de más allá para dilatar el horizonte familiar...

Constituir el saber en aristocracia y dominio de un grupo es ofender de nuevo a la sociedad, ofensa tanto mayor cuanto que los que lo detentan poco han hecho, si acaso algo, para crearlo y porque el saber es patrimonio común venido a nuestras manos por obra de hombres que nos precedieron y cuya herencia en nada puede correspondernos como cosa propia y como bien privado. Reservar el saber para el uso de unos cuantos no sólo es usurpación desmedida sino crimen social que revela en quien lo adquiere, que no ha sabido asimilar su contenido y que no ha sufrido la purificación que el saber proporciona y que lo tiene en su

espíritu como en un vaso el líquido nutricio, sin asimilarlo en modo alguno.

No cabe dudar que ante la sola posibilidad de que el saber difundiese sus beneficios a todos los hombres, como sus rayos difunde el sol en la templada zona a todos los lugares, la soberbia y el egoísmo se desatarían una vez más sobre la tierra y el anatema correría de nuevo saltando como el rayo de un lugar a otro del espacio; empero la justicia inmanente de las cosas, habrá de arrollar contra esos infecundos estallidos, y seguirá su andar sin rubores en paralela marcha con el curso del tiempo.

¡Cuán lejos estamos con estas ideas —y cuán cerca— de la extirpación simple del analfabetismo! ¡Cuán lejos por cuanto planteamos el problema integral de la unanimidad del saber como aspiración ansiosa de la humanidad, cuán cerca si pensamos en las vastas regiones de Europa y América en que aún retoza el analfabetismo!

Si en las propias tierras en que la civilización ha nacido, ha dado sus frutos más majestuosos y está floreciendo sin cesar, se esconde el analfabetismo, ¿qué mucho que impere entre las demás partes del mundo menos afortunadas?

Pero no excusemos nuestra lenta marcha en el reposo de los demás; comparemos nuestra obra con nuestro deber y no con la obra de los otros; fijemos la meta de nuestra mente y sigamos hacia ella sin desmayo, con ánimo que vence en la batalla, según nos estimula el sumo poeta, desterrando la flaqueza del cuerpo. Y para esto ha de ser nuestro plan, no ya ahogar el analfabetismo, sino hacer extensivos todos los grados de la enseñanza a todos los habitantes del territorio; y como unos precursores se propusieron proclamar la emancipación absoluta de nuestro pueblo del dominio extraño y otros lograron la definitiva organización nacional, tratemos de conquistar la cultura y el saber para todos, a fin de que como meta remota hayamos sustituido la unanimidad de la barbarie por la unani-

midad del saber, y hayamos logrado también la emancipación de nuestro pueblo de la esclavitud de la ignorancia.

De la misma manera que el artillero que quiere alcanzar una gran distancia con su proyectil, eleva el tiro y apunta a las nubes para dar en tierra en el punto prefijado, pongamos igualmente nuestro punto de mira en el plano más alto de nuestra aspiración para incidir en un lugar avanzado del progreso humano. La superioridad de las razas es sólo la superioridad de su saber; falso es que pueda atribuirse a otro factor la ventura o desventura de un pueblo. Los pueblos que degeneran en su conducta y en su intelecto son presa de los que mantienen alta su virtud y su fortaleza, y un pueblo envilecido carece a la vez de fuerza física, valer intelectual y conducta moral. Y hacer de la cultura una aristocracia es viciar de nuevo las fuentes más fértiles de la vida, porque es anular todo el bien que de la cultura nace. Porque ella debe ser igualitaria y generosa, extender a todos los beneficios naturales y no ser benigna para unos más que para otros, sino para todos por igual, como el rocío de la noche cae sobre todas las plantas del lugar, sin exceptuar a éstas o aquéllas.

Una educación aristocrática, aparte de la íntima injusticia que desvela al crear una casta más, o al destinarse a un grupo privilegiado puede acarrear los más funestos males, como hemos visto a la universidad alemana envolverse en una guerra terrible, desatar la ruina de su país y devastar de duelo y de injusticia a la humanidad entera. Ya nos había dicho Icaza: «La universidad alemana es sobradamente aristocrática» y así fundó y creó esa casta universitaria o cultural que el comunismo ruso se ha empeñado en destruir en sus vastos dominios.

Y como la superioridad es la del saber, los pueblos más cultos ejercitan la hegemonía real del universo y sólo la pierden cuando abandonan el cultivo del alma para entregarse a la molición y al disfrute de los sensualismos de la vida civilizada; entonces son presa de los que los han su-

cedido en la práctica de la virtud, del trabajo educativo y de la cultura general del espíritu.

Ninguna sociedad que se estime culta, tiene el derecho de enviar al trabajo a los niños ni a los adolescentes en edad escolar y tiene el deber de no tolerarlo, atacando las causas que puedan obligar al niño a salir de tal modo de su función biológica. El organismo no está destinado a producir para los demás, ni para su propia alimentación, hasta no haber alcanzado su desarrollo natural; entretanto debe estar destinado al cultivo de sus facultades, sin otra aplicación; ni siquiera es permitido hacer la enseñanza del trabajo profesional en detrimento de la cultura general orgánica. Un derecho tan inferior, sólo puede estar justificado para las sociedades bárbaras o incultas ellas mismas, en cuyo caso no están aún habilitadas a discernir con certeza el bien moral y actúan por instinto.

La educación debe ser tal, que abarque todo el período de crecimiento del hombre y no más: 21 a 22 años para los jóvenes; 18 a 19 para las niñas. Después de estas edades los hombres adquieren mayoría y deben continuar por sí mismos su perfeccionamiento e indefinidamente.

De este modo habremos cumplido la incitación de Joaquín V. González: «Hacer en el pueblo la condición de la cultura como la más alta aplicación del esfuerzo y buscar por la nutrición y afinación del espíritu, la creación de la verdadera patria del porvenir».

NICOLÁS BESIO MORENO.



Los títeres en la historia

Este frívolo mundo de polichinelas, pierrot y arlequines, este brillante y alegre mundo de graciosas marionetas que encienden la chispa de la alegría en el corazón de los niños y despierta la sonrisa en la boca pensativa de los hombres, ha existido desde largos siglos atrás.

Este espectáculo es gustado y apreciado, no solamente entre los pueblos sencillos, poco evolucionados, infantiles, sino por aquellos de mayor cultura, plenos de hondas inquietudes intelectuales y espirituales.

Quizá ese niño que pasó con la infancia y que todo hombre lleva escondido en un rincón del alma, sea el amigo de los títeres y el que lleva al pensativo hombre, hasta el teatro de marionetas.

Con el correr del tiempo han ido surgiendo diversos espectáculos, nuevas maneras de distraer el espíritu y entretener amablemente un momento de ocio; pero el teatro de títeres no ha pasado nunca. Sus candorosos intérpretes de madera y cartón, siguen actuando en casi todos los países del mundo.

Ingenuas piezas, algunas especialmente escritas para niños, leyendas llenas de encanto, fábulas, antiguas baladas, se representan, aún hoy, en esos añejos tablados que se han levantado a través del tiempo, en las viejas posadas españolas, en los jardines y ferias de París, en los populosos barrios de Nápoles, en la milenaria China, en las bellas y pintorescas aldeas alemanas.

Las viejas plazuelas atenienses reverberantes de sol, bajo el palio azul del milagroso cielo griego, vieron a Sócrates calzando en una de sus manos un rústico fantoche, que movía con suma habilidad, mientras afloraba a

sus labios la extraordinaria riqueza de sus ideas atrayendo a los viandantes que acertaban a pasar por allí.

Los griegos y romanos conocieron desde muy antiguo el espectáculo del teatro de títeres, pero no nació entre ellos este gracioso juego; su origen se remonta a épocas anteriores.

En una antiquísima tumba egipcia perteneciente a una bailarina llamada Jelmis, se encontró, nos cuenta Gayot, arqueólogo francés, la prueba incuestionable, de que ya los egipcios conocían y gustaban del teatro de títeres. Cerca de la momia, entre otros objetos, que debieron pertenecerle en vida, se hallaba un barco sobre el que se veía una casita con puertas de marfil. Tripulaban la embarcación una serie de pequeños muñecos representando a algunos dioses egipcios. Entre ellos había uno articulado, que se ponía en movimiento mediante hilos. La puerta de la casita, al abrirse, dejaba ver la escena de un teatro de títeres.

Se desprende de esto, sin lugar a dudas, que la bailarina, además de deleitar al público con sus danzas, daba funciones con su teatro.

En casi todos los países se ha creado, respondiendo a características o modalidades propias, un títere típico.

Ese muñeco viene a ser como la caricatura racial y psicológica del hombre medio del país creador. Así vemos al Punch londinense, al Casperl alemán, el gracioso Polichinela con su gran nariz y su contrahecho cuerpo, al Don Cristóbal español, la Petrushka rusa, al Guignol francés y tantos otros.

Italia ha sido el país creador de fantoches por excelencia; inanimados muñecos que adquieren graciosa y alegre vida bajo la hábil mano que los maneja, y llegan a poseer una realidad que trasciende de un país a otro, como si fueran seres dotados de vida propia.

Sus gracias, sus características individuales, sus facciones, sus movimientos, crean personajes que llegan a adquirir categoría de arquetipo.

Y es en Italia con sus cielos azules, su benigno clima, con su pueblo exuberante y sentimental, amigo desde antiguo de los espectáculos al aire libre, la que ha creado mayor variedad de característicos títeres de proyección universal.

¿Quién no conoce a Pierrot, a Colombina, a Polichinela, aunque sea de nombre?

¿Quién no se ha conmovido alguna vez con las dulces lágrimas de amor que Pierrot ha derramado, a la luz de la luna, cantándole las más tiernas endechas a su amada Colombina?

Los pintorescos títeres italianos han recorrido el mundo haciendo reír a los niños de los más distantes países.

Durante el reinado de Carlos IX, en Francia, un matrimonio italiano llevó por primera vez a aquel país, algunos muñecos. Y se cree que de los nombres de los cónyuges, Marión y María, procede el de marioneta.

Existe en la hermosa y antigua ciudad de Venecia, una leyenda que explica también el origen de ese nombre.

En una ocasión, doce jóvenes con sus respectivas novias partieron de sus hogares para celebrar en la iglesia de Santa María de la Salud, sus desposorios.

En el momento de desembarcar fueron atacados por un grupo de bandidos, que después de larga lucha, consiguieron huir secuestrando a las doncellas. Pero los jóvenes, lejos de conformarse, comenzaron a perseguirlos hasta alcanzarlos, rescatando a sus amadas.

Para conmemorar este acontecimiento, se tomó la costumbre de celebrar, en el aniversario, una alegre fiesta, donde por cuenta del Estado, contraían enlace doce parejas de jóvenes. Mas esto traía aparejado tales disputas y desafíos, que se decidió sustituir a las novias, que casi salían maltrechas en los encuentros con otras parejas

menos afortunadas, por muñecos de madera que dieron en llamar Marionetas.

La primera vez que se encuentra este nombre en Francia es en el libro de Guillermo Bouchet, denominado *Serées*, en 1584.

El nombre de Polichinela, se debe a Pablo Ginella que fué el que por primera vez presentó títeres en la ciudad de Nápoles durante el reinado de Carlos de Anjou.

El onomatopéyico nombre de títeres proviene del tin-tin de la campanilla, con que solía anunciarse el comienzo del espectáculo.

Tal es la influencia italiana en el teatro de marionetas que hasta se ha llegado a pensar que el origen del célebre títere Guignol, es italiano.

Nació según se cree en la ciudad de Lyon, célebre desde antiguo por sus tejedurías de seda.

Era el Piamonte la región donde esta industria había llegado a la perfección y Lyon estaba, por esa razón, en constante relación con él.

Piamonteses eran la mayoría de los obreros que en las fábricas elaboraban la seda.

Existía en Lyon, desde el año 1795, en la Rue Noire, un teatrillo fundado por un tal Laurent Mourguet que fué el que presentó por vez primera a Guignol, en sustitución de su personaje preferido, Polichinela.

Laurent Mourguet tenía amistad con un viejo piamontés, obrero de una sedería, de ingenio vivo y gran sentido humorístico.

A veces, el director le leía algunas de las piezas que había compuesto para su teatro.

El viejo, después de escucharle, criticaba aquello que no le parecía acertado o reía alegremente ante una feliz salida exclamando: ¡c'est guignolant!

Un buen día el dueño del teatrillo abandonó a su querido Polichinela por un nuevo muñeco: un viejo piamon-

tés, tejedor de seda. Y así nació Guignol. ¿Y por qué Guignol?

Algunos han buscado en este nombre también un origen italiano.

En Lombardía existe un pueblecillo llamado Chignolo. No es raro que en Lyon hubiera algunos operarios sederos originarios de aquel lugar; quizá el mismo vecino amigo del director del teatro lo fuera y el nombre del conocido títere, se inspirara en él. Podría ser también que así como el creador de Guignol, dió a este muñeco una cabeza de viejo piamontés, le bautizara con un nombre derivado de la repetida exclamación del viejo sedero. Pero todo esto, no son más que simples conjeturas.

Las funciones de títeres, especialmente dadas al aire libre, tenían lugar, con frecuencia en las ferias y verbenas donde anualmente con motivo del festejo del patrono, o con fines comerciales, se reunía gran cantidad de gente venida, muchas de ellas, de pueblos distantes.

En París, especialmente para las importantes ferias de Saint Germain y Saint Laurent que atraían a muchísimo público, se veía en los teatros, que especialmente daban funciones en aquella oportunidad, espectáculos de animales amaestrados.

Allá por el año de 1650, Brioché, inauguró un teatro de títeres y en 1674, Dominique de la Normandía, otro similar.

Estos muñecos se movían al son de la música y cantaban alegres canciones. Llegaron también a recitar. Pero los artistas que se desempeñaban en los teatros de París, pensaron que los teatros de marionetas les quitaban parte de su público. Entonces los muñecos dejaron de cantar y de hablar y sólo se les permitió el movimiento al son de la música.

Estos espectáculos duraron en París más de dos siglos. George Sand fué gran admiradora de los títeres, desde una noche en que su hijo Mauricio ayudado por su



amigo el pintor Eugène Lambert, dió una función en su castillo de Nohant, para distraerla.

Fué una cosa casi improvisada; utilizaron una silla cuyo respaldo abierto y colocado frente al público, rodeado de un cortinado, hacía de boca de escena.

Este teatro que fué llamado «Théâtre des Amis» despertó tal entusiasmo en George Sand, que animó a su hijo a construir otro mejor. Por tres veces el teatro fué perfeccionado y agrandado.

Desde 1854 a 1872, época del mayor apogeo del teatro, se llegaron a representar hasta cien obras distintas.

Durante sus últimos años, la nombrada escritora con su hijo siguieron creando nuevos muñecos, llegando a contar en 1880, con cuatrocientos títeres. El teatrillo duró hasta la muerte de Mauricio.

El teatro conocido con el nombre de «Petit Théâtre» que funcionaba en la galería Vivienne, creado por Enrique Signoret, se inauguró con las piezas *La guarda cuidadosa*, de Cervantes y *Los pájaros*, de Aristófanes.

Ya se ve cómo se ponía en boca de estos «artistas» inanimados, obras de grandes escritores. Es que no solamente atraían público de niños y ciudadanos ignorantes, sino que entre los más cultos escritores y actores se contaban sus fervientes admiradores. Citaremos solamente a Alfred de Musset, Mauricio Maeterlinck, Sarah Bernhardt y Voltaire, entre los asiduos asistentes a estas funciones. Tanto gustaban a Lord Byron, que llegó a decir aquella conocida expresión: «el que no ama a los títeres no es digno de vivir».

En un parque parisién se colocó no hace muchos años, un teatro de títeres, que en lugar de trabajar con los conocidos muñecos, se emplean figuras de animales. Sólo se representan en él las fábulas de Lafontaine y Florian.

No siempre los títeres fueron los hermosos muñecos que se ven en nuestros días.

En un tiempo tuvieron toscas cabezas y manos hechas de madera, pasta o cera y estaban vestidos con una simple capa, prendida al cuello, que cubría a la vez el brazo del titiritero.

Antiguamente, estos titiriteros o titireros, solían ir por los caminos de España, a pie, transportando sobre sus inclinadas espaldas el envoltorio donde llevaban los muñecos. A veces, alguno que otro, más afortunado poseía un viejo y destartado carro tirado por escuálido caballo.

En las ferias de los pueblos campesinos o en las ahumadas ventas que olían a vino, ajo y humo, oscuras y profundas, daban alguna función, y los muñequillos graciosos y grotescos, movidos ágilmente, recitaban alguna antigua pieza romancesca, que la tradición mantenía viva en el pueblo, ante un cándido público de niños y aldeanos.

Estos trashumantes individuos, que más que nada ejercían el oficio de titiriteros para justificar su presencia ante las autoridades lugareñas y no ser perseguidos como vagabundos, eran todos extranjeros, especialmente italianos.

Recordemos en el Quijote la llegada de Maese Pedro con su tabladillo y su mono amaestrado a la antigua posada y dar su función entre sonos de cornetas anunciadoras. Nos muestra Cervantes una costumbre típica de la época.

Este espectáculo hacía las delicias en las ferias aldeanas, donde se congregaban hombres y mujeres de los contornos para traficar sus mercancías.

Entre esta gente oscura e ignorante, carente de la más mínima distracción, pegadas a la tierra como el trigo, el espectáculo de los títeres, con sus vestidos ajados, de telas chillonas y sus coronas de papel dorado, abría una clara brecha de luz en el cerrado cielo de sus vidas.

Estos trotamundos llevaban muchas veces algún animal amaestrado, perro o mono, que antes o después de la función, demostraban sus habilidades, dirigidos por el grito del amo.

Con el tiempo, en España, como así pasó en otros países, los títeres fueron introducidos en las iglesias y conventos donde representaban escenas de la vida de los santos y otros temas religiosos.

En el siglo XVII se fabricaban en Madrid hermosas y complicadas muñecas que más adelante, en el siglo XVIII, dieron en llamar «Máquina Real».

En esa época el espectáculo con títeres se puso muy en boga en Madrid. Y no solamente en los teatros, sino también en casas particulares, donde se daban funciones, cobrándose la entrada, a veces más costosa que en cualquier representación dramática de categoría.

Esta moda pasó, pero en los barrios suburbanos y en los pueblos, se siguen viendo aún a los músicos ambulantes con sus muñequillas descoloridas y verdes cotorritas movedizas, sacar la suerte y atraer a la gente menuda, que no percibe más que la alegre superficie del espectáculo, sin sentir el escozor de lo pasado.

Inglaterra, la puritana Inglaterra, hizo clausurar todos sus teatros en el siglo XVII, con el objeto de depurar las costumbres, ya que se los consideraba la causa de la corrupción del pueblo. Solamente el gracioso y superficial teatro de marionetas podía funcionar.

Y fué, entonces, cuando estos teatrillos cobraron mayor auge.

En el Covent Garden, próximo a la iglesia de San Pablo, muy frecuentada por el público, instaló un tabladillo, en 1711, un tal Martín Powell.

Los fieles eran atraídos por los espectáculos que se daban en él y esto fué la causa de su clausura. Pero Powell no se desanimó, y dos años más tarde comenzó a dirigir otro, al que llamó «Punch Theatre». El nombre de Punch era la abreviatura de Pulcinella, nombre con el que se hacía llamar un bufón que existía en Inglaterra, allá por el año de 1688.

En Checoslovaquia, cuyo pueblo ha tenido siempre gran afición por el teatro de títeres, este espectáculo ha llegado a su perfección. Puede considerarse casi el más bello del mundo.

Los campesinos checoslovacos, al igual que sus vecinos alemanes, tienen gran habilidad en el tallado de la madera. Ésa es una de las razones por las que tanto en un pueblo como en el otro, las cabezas de las marionetas son de madera tallada, y es notable la expresividad que logran darle. Cuidan con esmero los menores detalles y tanto en la elección de las obras como en el manejo de los muñecos y el decorado de la escena, revelan una técnica extraordinaria.

El conocido pintor José Skupa posee un hermoso teatro con el que recorre el país dando funciones, cuyo beneficio aplica al sostenimiento de un sanatorio para niños.

Rusia y Checoslovaquia son los dos países que cuentan con mayor número de estos teatros.

En Rusia, la muñeca preferida por el público es Petrushka. En muchos otros teatros hábilmente dirigidos, Petrushka canta antiguas canciones e improvisa las pintorescas danzas rusas que alegran y conmueven el corazón del campesino, pegados a sus añejas costumbres, esas danzas que ellos han visto bailar desde niños, y esas canciones que vienen de padres a hijos desde el fondo de los años.

Entre el pueblo ruso, el espectáculo del teatro de títeres tiene una gran aceptación. Tanto en las ciudades populosas como en los pueblos, se ven concurridos no solamente por los niños sino también por adultos, que parecen gozar más que sus propios hijos, con este bello y trivial pasatiempo.

También Alemania, desde muy antiguo, es aficionada al teatro de títeres. Las más antiguas marionetas que se recuerdan en Alemania, son los guerreros de Hortus deliciarum. Éstos se manejaban con hilos horizontales.

Entre la nobleza existían muchos aficionados, como el príncipe Nico'ás José de Esterhazy, cuyo maestro de capilla, Francisco José Haydn, compuso, entre los años 1773 a 1780, cinco operetas, que fueron representadas en el magnífico teatro del príncipe.

Entre los alemanes célebres que adoraban este entretenimiento está Goethe. En los hermosos jardines de Belvedere, en Weimar, poseía un pequeño teatro que denominaba «Teatro de la Naturaleza».

Desde tiempo inmemorial se conoce en China el teatro de títeres.

Solamente se dan funciones en los días festivos. En épocas antiguas han contado con la protección de los emperadores. Se empleaba no solamente como distracción, sino también en algunas ceremonias oficiales.

De la China pasó al Japón, llevado por el músico Menukiya Tyozaburo, en el siglo XVI.

En el Japón, como en otros países, era llevado por los pueblos y aldeas cuando en ellos se celebraban festejos por alguna razón especial. En esos espectáculos se preferían siempre la relación de las leyendas o baladas antiguas.

En las apacibles noches de luna, en Birmania, cuyo pueblo es muy aficionado a este esparcimiento, es costumbre dar funciones de títeres, al aire libre.

El pueblo se congrega ante una plataforma de bambú, sobre la que se mueven los muñecos. Detrás de una tela negra se ocultan los titiriteros que manejan con destreza los hilos de donde penden los títeres.

Estas funciones duran toda la noche y son gratuitas. Las obras, constituídas generalmente por la narración de antiguas leyendas, no carecen de belleza y fuerza dramática.

En el siglo XIX el teatro de títeres sufrió una modificación, creándose lo que se entiende por Teatro de Ilusión.

Se trata de títeres de unos sesenta centímetros de alto, sin cabeza. El encargado de manejarlos, oculto entre cor-

tinias, ponía su cabeza sobre el cuello del títere. Esta novedad tuvo mucho éxito.

En New York se dió la primera función de títeres en el año 1739; desde entonces hasta nuestro tiempo no se creó en Estados Unidos un solo teatro de títeres. Los que existen, que son muy pocos, son teatrillos extranjeros.

En el Brasil actuó durante doce años un célebre teatrillo que trabajaba con auténticas marionetas sicilianas. Este teatro pasó luego a la Argentina, instalándose en la Boca, con el Nombre de «San Carlino». Una inundación destrozó e inutilizó a casi todos los muñecos y enseres del teatro.

Hoy día, en nuestra ciudad, entre los aficionados a este artístico y antiguo pasatiempo, que el correr de los años no consigue hacer desaparecer, existen hermosos teatrillos, verdaderas obras de arte, con hermosos y complicados muñecos articulados, primorosamente vestidos, como el de Mane Bernardo.

Cuando se ven actuar estos teatrillos privados, se aprecia el amor, la paciencia, la dedicación, el espíritu artístico de los continuadores de este atrayente espectáculo.

Javier Villafañe, escritor, poeta y titiritero, tuvo la feliz idea de armar su teatro en una carreta, a la que bautizó con el significativo nombre de «La andariega». Con ella recorrió pueblos, dando funciones y manejando él mismo, diestramente, sus títeres, prestándoles una expresividad extraordinaria.

Entre los teatros de títeres modernos, uno de los más bellos del mundo, es el llamado «Teatro dei Piccoli», creado y dirigido por el doctor Victorio Podrecca, en colaboración con su esposa.

CARMEN BLANCO AMORES.

Comentarios platónicos

Si bien aparecida hace algún tiempo, cabe el comentario de esta obra de Schaerer: *Dios, el hombre y la vida según Platón*, para poner de manifiesto su valor de actualidad y porque tratándose de Platón, una nueva edición de sus diálogos, una nueva traducción a nuestro idioma o un estudio sobre su pensamiento es siempre de interés. Es poner la filosofía al día.

Se ha dicho, no sin humor, «que todos los demás filósofos casi no hicieron otra cosa que poner notas al pie de las páginas de Platón».

Con respecto a uno de sus diálogos, el *Parménides*, decía A. Diès: «Libro cargado de las revelaciones más sabias y de los misterios más profundos... Si bien es cierto que un libro sin misterio es un libro que podemos cerrar con el corazón tranquilo, porque no tiene nada más que enseñarnos, se pasará mucho tiempo antes que uno pueda dispensarse de leer y releer el *Parménides*, antes que él nos haya entregado todo lo que encierra en secretos del pasado y gérmenes del porvenir».

La obra de Schaerer, que se suma a la vasta bibliografía platónica, es un análisis profundo y bien logrado que esclarece algunos aspectos del pensamiento platónico. El primer problema que se plantea es el de la concepción de lo divino; concepción que va desde Homero hasta Aristóteles. Esta concepción, según Schaerer, ha sufrido una modificación en el curso de esos siglos, modificación en un sentido a la vez moral y geométrico. En el mundo homérico los dioses intervienen en la vida humana —parecería que no pueden prescindir de los hombres— necesitan de ellos. Los hombres acusan a los dioses de sus

desdichas, y a su vez los dioses, como respuesta, hacen responsables a los hombres de sus desgracias. Los dioses de la teología homérica, dice, están a la vez fuera del hombre y en él, realizando en cierta manera la idea del hombre. De allí viene el epíteto «semejante a los dioses» o «rivales de los dioses». Así se designan a veces los héroes en la epopeya homérica.

La intervención divina, no tiene por objeto sugerir en el hombre lo extraordinario, lo que no es del orden humano, sino lo que es normal, aquello que el hombre hubiese hallado por sus propios medios. De pronto parece existir una identificación, cita por ejemplo, el pasaje de la *Iliada* en que Atenea dice: «espero que alcancemos una gran gloria».

La intervención divina no disminuye la libertad del héroe. Cuando está misma diosa interviene en la disputa de Aquiles y Agamenón, apaciguado Aquiles, éste vuelve a ser dueño de su juicio, es de nuevo libre de elegir entre el bien y el mal, entre lo que conviene y no conviene. Es por los dioses que el héroe se asemeja a ellos. Pues por sobre los dioses reina una ley infalible, personificada tan pronto por Zeus, como por la Moira (destino). Los acontecimientos futuros se hallan prefigurados. Cuando Zeus, en un instante preciso, levanta la balanza, traduce mediante ese gesto una realidad necesaria, proyecta en el tiempo lo que la Moira había decretado en lo absoluto. Esta concepción implicaba una contradicción. Salvarla imponiéndole la unidad, ha de ser la obra de los tiempos que seguirán a Homero. El resultado será un monoteísmo inconfesado, del Dios Bien de Platón o el Dios Intelecto de Aristóteles.

La reducción teológica no alcanza a los dioses tradicionales —el politeísmo subsiste, pues tanto Platón como Aristóteles hablan de los dioses en plural y los designan por sus nombres. Lo que interesa es que no haya voluntades contrarias entre los dioses. La unidad divina sigue



siendo lo que era en Homero aunque con diversos matices. El Dios de Platón no es concebido como una individualidad personal como lo es el de la teología hebrea. Quien más se aproxima a esa concepción es Jenófanes, aunque Jenófanes, a la vez que exalta a este Dios Uno, lo califica, en uno de sus fragmentos, como «el más grande entre los dioses y los hombres». Al comparar el Zeus homérico con el Motor Inmóvil de Aristóteles señala el contraste que existe entre ellos: por un lado una voluntad caprichosa, por otro un pensamiento invariable —pero ausente— impasible. Un Dios muerto, que como los dioses de Epicuro no se interesa por las cosas humanas. El autor se pregunta si con este cambio se ha ganado algo. Parecería que no. El Dios homérico sensible a los elogios y a la adulación, deja la posibilidad abierta a una intervención favorable cosa que con el Dios de Aristóteles no ocurre nada parecido. Tanto en el caso de Platón como en el de Aristóteles, el error, dice, proviene de una creciente objetivación divina. En esta evolución el Ser ha absorbido a la Persona.

Después de considerar el problema del bien y del mal y la relación que el hombre mantiene con Dios a través de sus dos formas de conocimiento que de él tiene, hace una referencia al Demiurgo y a su generosidad. Hay que tener en cuenta, dice, esta cualidad, que los teólogos no mantuvieron posteriormente, por lo menos bajo esta forma. El Dios de Aristóteles es pensamiento. Para Platón la idea del Bien, objeto de dialéctica pura, no es generosa. Irradia sin comprometerse.

El Demiurgo organiza el mundo y se cree generoso, pero la generosidad del Padre Celestial sobrepasa infinitamente la del Demiurgo.

Péguy ha mostrado en una página famosa que los dioses griegos «carecen de esa consagración que es la miseria», por eso no son dioses que se amen. Así lo manifiesta en su obra *Clío*.

Pero el Dios del Evangelio viene a salvar aún lo perdido. Ya no basta hablar de generosidad. Es la teoría de la gracia.

Con estas consideraciones Schaerer termina el tema de los dioses celosos y el generoso Demiurgo y pasa a ocuparse del génesis y la formación del universo como la entiende Platón. Todo gira ahora en torno a la compleja estructura del *Timeo* que comprende desde el estudio del «alma del mundo» hasta la jerarquía animal.

Relatando la formación del universo, Platón entiende traducir poéticamente lo que no es posible expresar, presentando su Dios bajo un aspecto a la vez subalterno e histórico, como función ordenadora. ¿A qué se debe la imperfección del mundo? La causa es la materia empleada. Sacar el mejor partido de esta materia y hacer de ella lo mejor será la obra del Dios Arquitecto; explicándose la belleza del universo por la ley de lo mejor posible. ¿Por qué será el universo ordenado? Porque el orden vale más que el desorden. ¿Por qué inteligente? Porque la inteligencia vale más que la torpeza. El nacimiento del mundo ha tenido lugar por la mezcla de la necesidad y de la inteligencia. Habiendo la inteligencia dominado a la necesidad, la ha persuadido a orientarse hacia lo mejor.

Dioses inferiores secundan en su obra al Demiurgo, cumplen su tarea imitando a su maestro. Sólo el alma inmortal es modelada directamente por Dios. El hombre será, en este mundo, una imagen que encierra a otra imagen: en tanto que alma se vincula a Dios; alianza de alma y cuerpo está relacionado con las divinidades subalternas, que vigilan sobre toda la vida. De aquí resulta que el hombre es un ser inestable, su cabeza, asiento del alma divina, no se halla en el mismo plano que su cuerpo. Criatura presa de pasiones temibles y necesarias, tentada por el placer, fácil anzuelo del vicio, temerosa de los dolores, espantajo del bien, sacudida tanto por la

temeridad como por el temor, a veces sorda a las advertencias y cerrada a la esperanza, así concibe esa criatura mortal el filósofo. De aquella página vehemente, donde los epítetos se chocan, se desprende una idea esencial: el hombre encarnado debe contar de buen o mal grado, con un impulso ciego, ligado a su naturaleza.

Afortunadamente, los dioses, temiendo mancillar de esta manera el principio divino, han separado el alma inmortal de su hermana mortal, alojando esta última en otra parte del cuerpo, el pecho. La unión con la cabeza se efectúa por «el istmo» del cuello.

Después de habernos referido el autor los conceptos de Platón y sus problemas del alma solicitada por las dos fuerzas del bien y del mal, Schaerer sigue al filósofo griego en el circuito que esa alma, tan magistralmente descripta, emprende y desarrolla entre el mundo sensible y el mundo inteligible.

Alojada primero en un astro «como en un carro», según el *Timeo*, luego en un cuerpo carnal «como la ostra en su concha», según el *Fedro*, el alma es un medianero. Creada por el Demiurgo, es subalterna en el orden de lo absoluto, eterna en su duración. Pasa luego a las pruebas de la inmortalidad a través de los diálogos, para concluir en una metafísica del amor. Ya lo hemos hecho notar, y no sería preciso insistir: la obra de Platón, en sí misma, interesa por igual al educador y al educando. Pero al llegar a estos capítulos de la obra de Schaerer que venimos comentando, no será superfluo llamar la atención de nuevo.

Para Platón esta metafísica del amor implica una atracción recíproca de maestro y discípulo. Se trata en la educación de transmitir conocimiento y «en la raíz de todo conocimiento, hay un acto de confianza, una adhesión del alma». ¿No es esto el amor?...

Asociada a un cuerpo, el alma inmortal cae hacia la periferia —se aleja del Bien. El desorden que se sufre

durante la infancia y la juventud proviene de un avasallamiento del alma por el cuerpo, es la educación filosófica, por una emancipación progresiva del alma, la que puede restablecer el equilibrio. Al hacer referencia al aspecto afectivo del hombre, considera a este punto esencial de la pedagogía platónica, expresada en la afirmación: «El placer, la pena y el deseo tal es propio de la naturaleza humana» (*Leyes*, 732 a). El hombre es un ser naturalmente afectivo. Entregado a sí mismo, correría no hacia lo mejor sino hacia lo seductor y lo agradable. Pretender disuadirlo, aun en nombre de la virtud, sería trabajo perdido. El deseo es «la más fuerte de las ataduras», dice Schaerer citando a Platón.

Los niños, en particular, no conocen más que placer y dolor. Las palabras virtud y vicio son para ellos aún vacías de sentido. Y aquí tocamos el punto esencial de la pedagogía platónica, al que hemos hecho referencia: Puesto que es vano combatir los deseos, hay que prevenirlos y crear en el niño, antes que el saber, una predisposición a gozar de lo que es bueno y a sufrir lo que es malo. La educación actuará directamente sobre el cuerpo y sobre el alma, habituándolos a ejecutar movimientos armoniosos y revistiendo de velo seductor la justicia y la virtud. Teniendo en cuenta que los niños no pueden soportar nada serio, disfrazará bajo el nombre de juegos las lecciones que les dé y no presentará nada que no sea amable. Así disimula el médico los remedios difíciles de tomar entre agradable brevaje. Y exaltando una vez más el valor de la filosofía, Schaerer exclama, recordando a Platón: «Así la filosofía será un reflejo antes de ser una ciencia». Finalmente el pedagogo griego aconseja en la *República*: «Para cortar el mal en su raíz y partir de cero, todos los niños menores de diez años serán relegados al campo, a fin de escapar a la influencia de las costumbres reinantes». Se fijará la edad y la condición para los matrimonios, se establecerán las reglas

concernientes a la gimnasia, no solamente del bebé sino también del embrión humano (Educación prenatal). Se ocupa luego Platón de lo que llamaríamos educación pre-escolar: el bebé y el niño de tres a seis años.

A partir de los seis años, los sexos serán separados: los niños aprenderán el manejo de las armas y el caballo, lo mismo las niñas. Y aquí encontramos el detalle más importante de la pedagogía de Platón: la educación de ambos.

¿Por qué establecer diferencias que la naturaleza no hace?... Y el autor nos repite el pensamiento platónico, que podría ser tema de infinitas reflexiones: «Evitemos desvirtuar por malos hábitos los dones de la naturaleza». De 10 a 13 años el niño es entregado a la educación escolar aprendiendo el arte de leer y la escritura. Todas estas normas y consideraciones han hecho justamente célebre la pedagogía de Platón, a quien cabe la gloria de haber creado los jardines de infantes, adelantándose en mucho a los educadores modernos. Pero lo que debe destacarse muy especialmente, dice Schaerer, en estas consideraciones sobre Platón, es la impresionante gravedad que se desprende de estas páginas. Un carácter sacerdotal y cívico confiere a esta pedagogía la majestad de un auténtico magisterio. Nada se realiza que no sea altamente viril y conforme a la dignidad de la persona humana. Educador alguno se ha inclinado con más respeto y tolerancia y menos sensiblería sobre el alma infantil. Del juego y la diversión, hasta las labores manuales, la educación conduce al individuo al perfeccionamiento de su ser. Música, gimnasia y poesía, con precaución, arte dispensador de placer, todo converge a realizar el hombre educado, en el que buen gusto y sensibilidad son hábito y armonía. Cada materia en particular tiene una función formativa. Y el joven ejercitará largamente la virtud de escuchar con respeto, antes de practicar el derecho de interrogar. Toda la acción, de

favor de una u otra disciplina, se desenvolverá en un clima de libertad, pues: *«las lecciones que se hacen entrar por fuerza en el alma, no permanecen»*.

Pero el autor nos lleva en definitiva a la preocupación que ha estado latente en todo el trabajo del educador, según Platón, el bien soberano y, como diremos luego, la vida buena y feliz.

Después de estudiar el problema del mal, que no es enfocado por Platón en forma directa y que se presenta como un límite inasible, el autor entra en el tema de la inteligencia y del placer. ¿Cuál es la fórmula de la vida buena y feliz? El soberano bien para el hombre consiste en una cierta mezcla de inteligencia y placer. Al establecer la jerarquía de las almas, la ley determina que aquella alma que por poco haya contemplado las verdades eternas se encarna siempre en un hombre. Dicho de otra manera, la facultad de recordar pertenece por definición a la especie humana. Ser hombre es estar abierto a la trascendencia.

Contrariamente a la definición aristotélica, de que el hombre es un animal político, para Platón es una criatura metafísica. Las bestias encarnan nuestros errores y nuestros vicios. Por esto no son divinas. Ciertamente quedan muchas cosas oscuras en los complejos problemas del hombre y sus acciones, como por ejemplo, la responsabilidad moral, pero el hombre de Platón es un ser que a cada paso crea lo que será.

Al final de la obra vuelve al problema de Dios y de su existencia. Para aproximarnos a ella no podemos hacer otra cosa que apoyarnos en esa realidad misma. La petición de principio: aquí se asienta el corazón del problema. «Imploremos con todas nuestras fuerzas el socorro de los dioses para demostrar su existencia». Tales son las palabras de Platón. Éste es el punto de partida de la teología platónica. La búsqueda aparece como una demostración de más valor que un descubrimiento posi-

tivo: No me buscarías si no me hubieses encontrado, no me hubieses encontrado si no me buscases todavía. Por eso los diálogos de Platón no se terminan. Están en el mismo plano que la ignorancia socrática.

Dios y el Bien aparecen como dos faces de una misma realidad. Pero la dualidad de bien-mal existe. Si bien Dios dispone libremente del bien y del mal. El bien es un bien metafísico y no ético.

Todo no es claro en la concepción platónica, pero la colaboración del hombre y del dios aparece cierta. Y en último término, el primer deber del filósofo es dar gracias a Dios de ser lo que es.

En suma, lo que distingue la religión platónica es el riguroso empleo de la razón, sostenido por un incomparable ideal de humanidad. El platonismo, en suma, busca y quiere la máxima felicidad para el mayor número de hombres.

FRANCISCO E. MAFFEI.

Viaje a Tierra del Fuego

Partimos del magnífico Aeródromo de Ezeiza en un cuatrimotor de la Aviación Naval Argentina y haciendo escalas en Puerto Madryn y Río Gallegos, luego de sobrevolar esa inmensa extensión de tierra semidesértica, cuyas costas agrestes, desprovistas de vegetación y de un color pardo rojizo o amarillento, se recortan con perfiles netos sobre el azul intenso del mar, llegamos a la entonces Gobernación Marítima de Tierra del Fuego. El frío intenso que comenzamos a soportar, como consecuencia de la gran altura a que debió volar nuestro aparato (2.400 metros s.n.m.), fué anuncio de que en aquellas tierras estaríamos lejos de sufrir los rigores de las altas temperaturas que soporta Buenos Aires en muchos días de la temporada estival. En efecto, salimos con casi 40° C. y 10 horas más tarde, en el avión teníamos ¡10° C. bajo cero!

La Tierra del Fuego, ese legendario extremo de América del Sur, que fué descubierta en 1520 por el intrépido navegante portugués don Hernando de Magallanes, que a los servicios de los reyes de España efectuaba el primer viaje de circunnavegación de nuestro planeta, se extiende aproximadamente entre los 52° y 56° de latitud sur, y 63° y 74° de longitud oeste, es decir, aproximadamente a la misma latitud que en Europa se encuentran Holanda y Dinamarca, pero con un clima completamente distinto por la influencia de corrientes atmosféricas y marítimas.

Este inmenso archipiélago, de unos 70.000 Km², de los cuales 21.000 Km.² corresponden a la Argentina y el resto a Chile, está formado por una isla principal, la Isla Grande de Tierra del Fuego y numerosas islas adyacentes, entre las cuales, las más importantes de E. a W. son: Isla de los Estados, Navarino, Hoste, Dawson, Clarence, Santa Inés, etc. El archipiélago está limitado al N. por el

Estrecho de Magallanes y el Océano Atlántico; al E. por el Océano Atlántico; al S. por el Canal de Drake y al W. por el Océano Pacífico.

Su nombre deriva del gran número de fogatas que los primeros navegantes observaron en sus costas y que no eran otra cosa que el fuego que los primitivos habitantes encendían para defenderse de las inclemencias del tiempo.

Estos aborígenes, que llevaban una vida muy primitiva, habitaban tanto la Isla Grande de Tierra del Fuego como sus islas adyacentes, ya que algunos de ellos eran eximios navegantes. A pesar de que estas tribus en un comienzo fueron conocidas indistintamente con el nombre de *indios fueguinos*, estudios posteriores demostraron que los mismos pertenecían a dos grandes grupos perfectamente diferenciados por sus caracteres raciales. Uno de ellos, el más numeroso, muy afín a los indios que poblaban el resto de la Patagonia, estaba constituido por las razas Ona y Haush. El segundo, de grandes diferencias etnológicas con los anteriores, estaba formado por las razas Yámana o Yagán y Alakaluf.

Los ONAS y HAUSH vivían en la mayor parte de la Isla Grande, eran los indios de la estepa, «caminadores», de elevada estatura (hasta 1,85 m.), y de contextura atlética.

Por excelencia cazadores; constituía el guanaco (*Lama huanacus*) su principal alimento, del cual aprovechaban sus carnes, grasas, pieles y tendones; también solían alimentarse del tuco-tuco (*Ctenomys* spp.)¹ y aves silves-

1. Con el fin de aclarar la significación de *tuco-tuco*, para que no se confunda con la luciérnaga de nombre quichua: *tuco*, llamada también en la región andina del Norte, por repetición, *tuco-tuco*, y en la mayor parte de América hispánica *cocuyo*, *cocuy* y *cucuyo*, advertimos que el autor se refiere al *tucotuco* o *anguyá-tutú*, "voces guaraníes, escribe Lisandro Segovia, en su *Diccionario de Argentinismos*, que dicen literalmente *ratón-tutú*, por imitación de la ronca y cavernosa voz que emite desde su habitación subterránea. *Ctenomys brasiliensis*. Una segunda variedad existe en Patagonia, y una tercera, (*ctenomys fulvus*) en la Puna. En el Interior, en Buenos Aires, y Montevideo, le llaman *oculto*, *tucotuco* y también *tucutuco*. En *Mis Montañas*, González, le llama *ucultuco*, nombre también registrado por Segovia en el artículo *Tundúque* de su *Diccionario*. — N. DE LA R.

tres. Esta alimentación era complementada por algunos productos vegetales: raíces y brotes tiernos de plantas, frutos, hongos y semillas.

Su habitación era muy simple. En general consistía en un parapeto semicircular construido con pieles de guanaco y sin techo, en cuya boca se mantenía constantemente prendido el fuego, o bien en una choza cónica construida con troneos de árboles, sobre los cuales se extendían los cueros de guanaco. Esta última era la habitación invernal.

La vestimenta consistía en un manto de pieles de guanaco o zorro con el pelo hacia afuera, de la cual se despojaba el indio durante la caza y la pelea, quedando completamente desnudo. La cabeza la cubrían con un gorro de la misma piel. Generalmente, los niños iban desnudos. El calzado consistía en mocasines de piel de guanaco. Como adornos eran comunes las pinturas de sus cuerpos, con colores rojo, amarillo y blanco, que complementaban con collares de conchillas. Las armas que utilizaban eran el arco y la flecha, aunque solían usar también los arpones de hueso. Vivían en pequeñas agrupaciones o clanes de alrededor de 20 individuos, donde no eran reconocidas las autoridades de jefes y caudillos, salvo en la guerra y en la caza. Era frecuente la poligamia.

Los YÁMANA o YAGANES habitaban la costa S. de la Isla Grande desde la Península Brecknock (Chile) hasta Bahía Slogget (Argentina), extendiéndose a lo largo del Canal de Beagle e islas adyacentes hasta el Cabo de Hornos.

A diferencia de los Onas, que como dijimos eran caminadores por excelencia, éstos eran «canoeros» y como tales realizaban largas travesías por los hermosos canales fueguinos. Su alimentación consistía principalmente en los productos de la pesca, tarea que corría por cuenta de las mujeres, que eran excelentes nadadoras y no tenían reparos en arrojarse a las heladas aguas de las regiones. La existencia de fauna marina costera: mejillones, lapas,

erizos de mar, cangrejos, centollas (que eventualmente salen a las playas), como así los grandes mamíferos acuáticos que viven o accidentalmente se encuentran en las costas: lobos marinos, ballenas, nutrias, focas, etc., proporcionaban alimento fresco en relativa abundancia y que era complementado con la caza del guanaco y de aves silvestres.

La vivienda consistía en una choza circular u ovalada (aproximadamente de tres metros de diámetro), más bien baja (1,60 a 2 metros de alto), construida con ramas encorvadas, donde vivían en un verdadero hacinamiento. En invierno esta choza era cubierta por las pieles de los animales de caza. En el medio de estas habitaciones era encendido el fuego.

La vestimenta, similar a la del grupo Ona-Haush, consistía en pieles más pequeñas, predominando el uso de las de nutria o foca. Los mocasines, similares también a los de los Onas, eran fabricados con piel de foca. Como motivo de adorno pintaban su cuerpo de colores rojo, blanco y negro, complementados por el uso de pulseras y collares de conchas de moluscos y huesos de aves.

Aunque ha sido registrado el uso del arco y la flecha, las armas principales de los Yámana eran la lanza, el arpón y la honda.

La embarcación fué el elemento primordial de estos pueblos, la que fabricaban con cortezas o tablas de lenga (*Nothofagus pumilio*) o mediante el excavado de un tronco del mismo árbol, valiéndose del fuego. En el centro de esa canoa, que llegaba a medir 4 ó 5 metros de eslora por un metro de manga, colocaban una capa de arena y guijarros sobre la cual se mantenía constantemente prendido el fuego. En ellas viajaban todos los integrantes de la familia Yámana, en donde pasaban la mayor parte del tiempo; la mujer era la encargada de remar y de arrojarse al agua para proceder al amarre de la embarcación.

Vivían en pequeños grupos familiares, no reconociendo en ellos jefes ni caciques. En general eran monogámicos, aunque era frecuente la poligamia.

Estos primitivos habitantes debían soportar el duro clima fueguino en precarias condiciones, de aquí que la densidad de la población haya sido reducida (como máximo llegaron a ser 10.000). La falta de defensas naturales orgánicas, especialmente en los indios «canoeros», fueron motivo para que las enfermedades infecciosas introducidas por el blanco (sarampión, tuberculosis, etc.), contribuyeran enormemente a su exterminio. Pero al mismo tiempo no debe descartarse la culpabilidad del hombre blanco, que en nombre de la «civilización» cometió horrendos crímenes. A tal respecto dice J. Imbelloni en «Historia de la Nación Argentina», Vol. 1. Museo de La Plata, 1936: «Los blancos han tenido una ingloriosa primacía en todo lo que se refiere a sentimientos inhumanos, crueldades y violencias. La triste historia de la desaparición del indio de Tierra del Fuego, no ha sido escrita solamente por la difteria y el sarampión o por el efecto fisiológico negativo de la distribución de trajes y abrigos y la reclusión forzada en misiones, sino también, y en muy vasta escala, por el plomo de los colonos blancos, que en la primera década del 900, se dedicaron a vengar el robo de unas cuantas ovejas, perpetrado por los indios, con una persecución sin cuartel y la matanza sistemática de los indígenas...».

¡Se llegó hasta a pagar una libra esterlina por cabeza de indio! Hoy, el blanco es dueño y señor de Tierra del Fuego, donde se ha desarrollado grandemente la cría de ovejas y la industria maderera. En el sector argentino se han formado dos importantes ciudades: Ushuaia (la capital), sobre el Canal de Beagle, y Río Grande, al norte, puerto de embarque de los productos ganaderos. Cada una de ellas tiene su zona de influencia en las dos grandes regiones fisiográficas del territorio: Ushuaia en la cordillera y Río Grande en la estepa.

La región esteparia se caracteriza por su similitud con el resto de la Patagonia extraandina, de la cual sólo la separa el Estrecho de Magallanes. Es toda la zona norte y nordeste del territorio en donde el terreno presenta ondulaciones más o menos pronunciadas que no sobrepasan los 200 metros de altura.

Se caracteriza por la abundancia de pastos naturales de inmejorable calidad, que cubren unos 5.000 Km.² y que hacen de estas regiones los campos de pastoreo más apropiados del sur argentino. Su suelo es surcado por grandes ríos (Río Grande, de la Turba, Fuego, Ewan, etc.), y está salpicado por numerosísimas lagunas y algunos lagos que sirven de aguadas naturales para los animales.

Hacia el sur se pasa insensiblemente de la pradera a la zona cordillerana, desde cuyas estribaciones van apareciendo los primeros matorrales, que indican la iniciación del bosque fueguino, que cubre enormes extensiones. L. C. Decius calculó, en 1916, que la superficie cubierta por el bosque, era de 6.203 Km.², y la cantidad de madera, 13.738 millones de pies cuadrados.

Es ésta la región más encantadora de Tierra del Fuego, donde innumerables lagos, profundos y de aguas cristalinas, tienen como marco las altas montañas con laderas cubiertas de vegetación frondosa y cimas adornadas con manchones de nieves eternas. Podemos citar entre ellos el Fagnano o Kami (de más de 100 Km. de longitud), el Yehuín, el Cheepelmuth y sobre todo el Lago Escondido, que constituye uno de los rincones de más extraordinaria belleza de los territorios australes. La altura media de esta cordillera no sobrepasa los 1.000 metros, encontrándose sus picos más importantes en Chile (Cordillera de Darwin): Monte Francés, 2.350 metros; Monte Darwin, 2.330 metros; Monte Italia, 2.250 metros. En Argentina cabe señalar el Monte Olivia, 1.470 metros; Monte Cinco Hermanos, Monte Trapecio, etc.

Los bosques a que hemos hecho referencia están constituidos por varias especies de *Nothofagus*, que se extienden desde las costas del mar hasta los 500 ó 600 metros de altura. La corpulencia de estos árboles es notoria, especialmente la lenga o haya fueguina (*Nothofagus pumilio*), que alcanza los 30 metros de altura y una circunferencia de hasta 3,50 metros. Acompañan a la lenga, el coihue (*N. betuloides*), el ñire (*N. antarctica*), el canelo (*Drymis winteri*) y otros árboles de menor importancia.

Los valles de esta zona son, en general, turbosos y pantanosos, por los cuales corren importantes ríos de régimen torrencial, como son: el Lasifharshaj, el Varela, el Olivia, etcétera. Estas turbas, más frecuentes hacia el extremo este de la isla, ocupan grandes extensiones prácticamente intransitables. Se caracterizan por su flora típica de musgos que le otorga un color rojizo amarillento, que contrasta fuertemente con el verde intenso del bosque y con las cimas nevadas de las montañas.

El riguroso clima de Tierra del Fuego, donde son frecuentes los días nublados y lluviosos, está influenciado principalmente por la acción de las corrientes marinas frías del Cabo de Hornos, de las Islas Malvinas y de Humboldt, y por las corrientes atmosféricas subtropical o del NW. y subpolar o del SW. También desde este punto de vista puede dividirse el territorio en dos regiones: la del norte, que llega hasta Río Grande y que tiene un clima parecido al de Santa Cruz («medio con tendencia al frío»), y la zona sur, en donde el clima es más riguroso («transición al frío»), y con ciertas características subantárticas. Debido al carácter insular la variación de la amplitud media de la temperatura es muy pequeña, como así también, la amplitud diaria. La Isla de los Estados y el extremo sur del archipiélago son comparables a los de la Taiga Siberiana (Knoche y Borzacov, «*Geografía de la República Argentina*», Tomo VI, 1947).

La temperatura media anual en Río Grande es de 5° C., la mínima absoluta, en julio, — 16° C., y la máxima ab-

soluta, en enero, 24° C. En Ushuaia, la media anual es de 5,5° C., la mínima absoluta, — 12° C. (julio), y la máxima absoluta 29° C. (enero). Todo el año se registran temperaturas inferiores a los 0° C., siendo las heladas casi constantes. Los vientos son frecuentes, especialmente en el verano, donde llegan a ser huracanados, sobre todo en la zona de Río Grande.

USHUAIA, la capital del territorio, que en el idioma yámana significa *puerto interior hacia el poniente*, fué fundada en el año 1868 por el misionero inglés Thomas Bridges, al crear en dicho lugar un centro de conversión de los indígenas. Contaba, en 1953, según datos del Instituto Geográfico Militar, con 2.200 habitantes. De ellos, la mayor parte son de origen chileno, inmigrantes de las provincias de Magallanes, Aysen y Chiloé, exceptuando el personal de la Base Naval allí instalada. En los años pasados se instaló también una importante colonia de inmigrantes italianos, que no prosperó.

Esta ciudad, la más austral del mundo, está edificada en el fondo de una abrigada bahía, de incomparable hermosura, del Canal de Beagle, que sirve de magnífico puerto natural. Es éste el punto de partida necesario para poder realizar excursiones turísticas por los canales fueguinos, famosos por su extraordinaria belleza. En efecto, las innumerables caletas, bahías, fiordos y ensenadas que se encuentran a lo largo de las costas insulares a donde llegan las lenguas heladas de los ventisqueros que serpentean entre las altas montañas cubiertas de frondosa vegetación, se presentan a los ojos del turista como cuadros irreales que perduran en la mente por largo tiempo.

Hacia el SW de Ushuaia se elevan los Montes Martial, coronados de nieves eternas y donde se conservan algunos restos de importantes glaciares y hacia el Norte los montes de la Sierra Valdivieso, entre los que se destacan por su importancia el Monte Olivia y el de los Cinco Hermanos. El primero es famoso por lo difícil que resulta su

ascensión, habiéndose registrado hasta el momento muchos intentos, pero de los cuales solamente tres fueron coronados por el éxito: primero, el del Rvdo. Alberto M. De Agostini, quien en 1913 lo escaló en compañía de dos guías italianos (los hermanos Abel y Agustín Pession); la segunda, a cargo de un obrero que trabajaba en la construcción de la represa hidroeléctrica del Río Olivia, en 1948 (David Münzimayer), y la tercera, en 1952, por los miembros del Club Andino de Ushuaia, Ezio Colli y Antonio Cozin.

RÍO GRANDE, en cambio, tiene otro aspecto completamente distinto. Ella se asemeja a las ciudades de la costa patagónica. Calles de muy amplia edificación disgregada, y llanura hacia los cuatro puntos cardinales, rota a veces por algunas colinas que no sobrepasan los 200 metros de altura. Es el puerto obligado de embarque de los productos ganaderos que son manufacturados en un importante frigorífico allí instalado. Es cabecera del departamento de San Sebastián y tiene una población de 2.400 habitantes.

La fauna silvestre fueguina crea un ambiente ideal para el viajero y el pescador deportivo. Ella se encuentra íntimamente ligada a la del extremo austral de la Patagonia. Entre los animales superiores, las aves son las más comunes, contrastando con el escaso número de mamíferos y la ausencia casi total de reptiles y batracios.

Entre las primeras podemos citar como más características, al pingüino (*Spheniscus magellanicus*), muy común en todas las islas del sur del Canal de Beagle, aunque también los hay en el Estrecho de Magallanes, donde forman colonias de más de 50.000 individuos; los albatros (*Diomedea* spp.) a los que muy comúnmente se los ve siguiendo a los barcos que navegan por la región en compañía de petreles, gaviotas y gaviotines. Entre estas aves, de hábitos acuáticos, también debemos citar a los biguás o cormoranes (*Phalacrocorax* spp.). Luego, en el interior

de las islas son muy comunes las avutardas (*Chloephaga* spp.), los cisnes, gansos y patos; en los bosques abundan los loros (*Macrosittace ferruginea ferruginea*) y en las altas montañas las águilas, jotes y cóndores.

Entre los mamíferos, los peculiares son: una especie de tuco-tuco (*Ctenomys* sp.), pequeño roedor cavador; el zorro fueguino (*Pseudalopex* sp.); la nutria (*Lutra felina*), muy apreciada por su piel; el guanaco (*Lama huanacus*) ungulado del tamaño de un ciervo, que ya ha sido citado como principal alimento de los indígenas y que aún hoy es codiciado por los cazadores. Hace algunos años han sido introducidos desde Norte América el castor y la rata almizclera.

Luègo, entre los mamíferos marinos debemos citar en primer lugar, al lobo marino (*Otaria flavescens*), que juntamente con los elefantes marinos (*Mirounga leonina*) y los leopardos de mar son, hoy, escasos como consecuencia de la tremenda persecución de que han sido objeto por su valiosa piel. Las ballenas son también frecuentes en los mares fueguinos y aun entran en los estrechos canales, en cuyas costas es frecuente encontrar sus restos óseos.

La fauna íctica es muy rica en aquellos mares, como así también, en las aguas interiores. El róbalo (*Eleginus maclovinus*), es abundantísimo y se lo suele pescar con línea; hay algunos ejemplares que llegan a pesar hasta tres kilogramos. Viven además las sardinas, el pejerrey, el pez ángel, los pececillos de las piedras (*Notothenia* sp.), y otros muchos que hacen de esta zona lugares adecuados para un futuro desarrollo de la industria pesquera.

Son abundantísimos también los mariscos cuyo envasado ha dado lugar a una incipiente industria pesquera. Entre éstos debemos destacar a la centolla (*Lithodes antarctica*), crustáceo de sabor exquisito, considerado superior a la langosta; las cholgas y los mejillones (*Mytilus* sp.), moluscos fáciles de hallar en grandes bancos costeros. Son

comunes, además, muchísimas otras especies de crustáceos y moluscos (cangrejos, pulpos, calamares, langostinos, etc.).

Entre las algas de posible industrialización, se encuentra el cachiyuyo (*Macrocystis pyrifera*), que forma verdaderos bosques submarinos en las proximidades de las costas.

Los ríos interiores albergan también un gran atractivo turístico: los salmónidos. Han sido introducidos y han prosperado satisfactoriamente: la trucha arco-iris (*Salmo irideus*), la trucha marrón (*Salmo fario*), la trucha de arroyo (*Salvelinus fontinalis*) y el salmón (*Landlocked salmon*), que han transformado al territorio fueguino en un paraíso del pescador deportivo.

SANTIAGO RAÚL OLIVIER.

La maravillosa historia de los nombres de lugar y de persona

Fammiti conto o per luogo, o per nome.
DANTE.

La lingüística histórica atribuye una gran importancia, y a justo título, a los nombres de lugar (ciudades, pueblos, aldeas, etc.). Cuando un territorio cambia de dueño, la lengua de sus habitantes puede ceder el lugar a la de los recién venidos; pero, habitualmente, los nombres de lugar quedan como un monumento elevado a la memoria del pueblo que habita primero el país, aunque pueden cambiar hasta el punto de llegar a ser prácticamente desconocidos, como, por ejemplo, el celta o pre-celta *Eboracum*, que finalmente se ha transformado en *York*. A menudo, algunos nombres de lugar son todo lo que resta de una antigua lengua totalmente desaparecida.

La «toponimia» o el estudio de los nombres de lugar, es una verdadera ciencia. En los Estados Unidos, el Ministerio del Interior tiene un departamento especial, dirigido por lingüistas competentes, que tienen por misión estudiar cuidadosamente los nombres de lugar de América, la nomenclatura variada de los Estados y de las ciudades, de los pueblos y de los burgos, de las colinas y de las montañas, de los ríos y de los lagos que constituyen la estructura física del país. Oficinas análogas existen en muchos otros países.

La prehistoria lingüística de los Estados Unidos está bien delimitada en extensión, si no en profundidad, por

el gran número de nombres indios que han sobrevivido hasta nuestros días. La mitad de los Estados americanos lleva nombres indios, mientras que los otros revelan orígenes españoles, franceses, ingleses y latinos. Entre los primeros, Dakota significa «confederado» o «aliado», porque fué antiguamente la patria de las tribus siux confederadas. Oklahoma quiere decir «el pueblo rojo»; Michigan, «lugar donde se pesca el pez»; Illinois, «la tribu de los hombres perfectos», etc. Entre los segundos, algunos perpetúan el nombre de reinas (Maryland), de reyes (Georgia, Luisiana), de regiones del Viejo o del Nuevo Mundo (Nueva York, Nueva México), o de personajes históricos (Washington). «California», parece derivar de «Califerne», un país imaginario mencionado en la Chanson de Roland. «Lake Succes», que fué el asiento provisional de las Naciones Unidas, no tiene nada que ver con la esperanza fundada en el acontecimiento de esta organización, sino que toma su nombre del indio «Suksat», cuya significación está desdichadamente perdida. El Mississippi («padre de las aguas»), era llamado en su curso inferior «Malbanchya» («lugar de las lenguas extranjeras») por los indios choctaw, que acuñó la mezcla de las lenguas habladas en los primeros establecimientos franceses, españoles e ingleses fundados sobre sus riberas. «Chicago», es un nombre indio «Chikak-quwa» («lugar de los malos olores»), enteramente apropiado para un lugar donde crecían en abundancia las cebollas silvestres. Se dice que «Manhattan» significa en la lengua de los indios delaware, «el lugar donde estuvimos todos ebrios», en recuerdo de una formidable borrachera que tuvieron los indígenas con un tonel de ron de Henry Hudson (aunque otro especialista sostiene que el nombre tiene la significación más sobria de «ciudad sobre la isla»).

Pero estos nombres americanos, por pintorescos que sean, dicen poca cosa de las migraciones y de los acontecimientos

tecimientos prehistóricos. En Europa y en Asia, por el contrario, todo nombre de lugar lleva el testimonio de una migración o de una conquista, y sirve para localizar antiguos puestos de avanzada comerciales o militares. Muchos de los nombres de lugar en Gran Bretaña no son ni celtas, ni romanos, ni anglosajones, ni normandos, sino que han sido dejados por los misteriosos pictos, de la piel oscura, en las emboscadas, del otro lado del muro de Adriano, y, al parecer, emparentados con los iberos de España. Los ga'os de lengua celta, han dejado vestigios de sus migraciones en Galacia (Asia Menor), o en Galitzia (Polonia) o en Galicia (España), así como en numerosas localidades de Alemania Occidental y de Italia Septentrional. Los sufijos *dunum* y *acum* de numerosos lugares de la Galia Romana (*Lugdunum*, Lyon; *Cameracum*, Cambrai), del mismo modo *lanum* de *Mediolanum* («en medio de la llanura»), hoy Milán, son de origen galo. Un gran número de ciudades, de ríos y de montañas de la península itálica lleva el sello de los etruscos, de los ligures y de los mesapios. El antiguo nombre de Gascuña, *Vasconia*, muestra que en el origen, estaba habitada por los vascos. El hecho de que una vez el mundo eslavo alcanzó la ribera oriental del E'ba, de donde, en la Edad Media, los Caballeros Teutónicos lo rechazaron sobre el Vístula, es atestiguado por la procedencia eslava del nombre de Prusia (en otro tiempo *Eorussia*) y por nombres de ciudad como Berlín («tierra estéril» en eslavo) y Leipzig (del eslavo *lipa*, «tilo»).

Los nombres de lugar confirman y también aclaran los acontecimientos históricos. Los primeros colonos griegos, abandonando su patria por la Hesperia («tierra del poniente»), dieron, muy a propósito, a sus nuevos territorios italianos, el nombre de *Magna Grecia* o Gran Grecia. Fundaron muchas ciudades, entre las cuales *Neapolis*, «la ciudad nueva», actualmente Nápoles, y *Panormos*, «todo-puerto», excelente elogio de las ventajas marítimas de Palermo.

Los romanos estuvieron entre los grandes bautizadores de la antigüedad. La Provenza ha recibido de ellos su nombre: era *Provincia*, la provincia por excelencia. Muchas de sus fundaciones fueron denominadas en honor de César Augusto: como *Caesarea Augusta*, en España, hoy Zaragoza, y *Caesarea*, Jersey. «Germania» (italiano *Germania*, inglés *Germany*), no es, probablemente, una palabra alemana del todo, como lo prueba el indígena «Deutschland»: deriva, se dice, de una raíz céltica que significa «vecino», verosímilmente emparentada con el latín *germanus*, «germano», «hermano», y *Germania* habría significado «tierra fraternal». Numerosas ciudades de Alemania Occidental llevan nombres romanos: Colonia era en su origen, como su traducción italiana *Colonia*, «colonia»; Múnster era *Monasterium*; München o Munich era *monachos*, «monjes», con un sufijo plural alemán.

La historia medieval está ilustrada por dos nombres de lugar españoles: Castilla, que en su origen significaba «castillos», por el hecho de que el centro de la resistencia cristiana contra los moros estaba guarnecida de fortalezas, y Gibraltar, del árabe *Jebel-Tarik*, «montaña de Tarik», del nombre del jefe de las hordas musulmanas que invadieron España en el siglo VIII y derribaron el reino visigodo. Los romanos habían llamado a Gibraltar «las columnas de Hércules», que nos recuerdan la importancia de la mitología en la formación de los nombres de lugar.

Albion, nombre poético de Inglaterra, deriva del gigante, hijo de Neptuno, que, según la mitología, había recibido en regalo la isla británica y había sido muerto luego por Hércules. Sin embargo, este nombre puede también remontarse a una raíz indoeuropea que significa «blanco» (de donde el latín *albus*), y la expresión «isla blanca» puede haber sido sugerida por los acantilados calcáreos de Dover. En América del Sur, el Amazonas fué bautizado por el explorador Orellana después de una

batalla con los indígenas, en la cual las mujeres combatieron con más encarnizamiento que los hombres, en recuerdo de las legendarias amazonas de la Antigüedad. Entre los hindúes, el Brahmaputra es el «hijo de Brahma», y las islas Salomón fueron denominadas así porque Mendana, que las descubrió, creó la leyenda de que ellas habían proporcionado el oro para el templo —el mismo, más bien, legendario— de Salomón. México recuerda el nombre de Mexitli, el dios azteca de la guerra, y la capital del Perú, Lima, se llamaba en su origen Rimac («el que habla») en honor del dios inca de los oráculos.

Muchos nombres de lugar deben su origen a productos comerciales; Heródoto, en el siglo V a. J.C., menciona las islas británicas bajo el nombre de *Cassiterides* que significa «islas del estaño». El nombre de Andes quiere decir «cobre» en la lengua de los incas. Las islas Fär Öer, son, en danés, «las islas de los carneros». Java es en malayo *jawa*, «mijo», y los Estados Unidos se llaman en japonés *Bei-koku* o «tierra del arroz».

En muchos otros casos, los nombres de lugar son determinados por caracteres geográficos y físicos. El Ecuador recuerda que el ecuador atraviesa el país. El Piemonte está «al pie de los montes», y el Dodecaneso, o por pleonasma, las islas del Dodecaneso, significa en griego «las doce islas». La Mancha es así llamada por su forma. Eritrea significa «rojo» y debe este calificativo a la vecindad del Mar Rojo que, a su vez, recibió su nombre de la flora y de la fauna muy rica de sus aguas, justamente caracterizadas por el predominio de este color.

Nombres de razas y de pueblos reaparecen a menudo en nombres de lugar, contribuyendo así a nuestro conocimiento histórico. El antiguo nombre de Francia, *Galia*, debe haber sonado al oído de los romanos como «tierra de los gallos» (*gallus*, en latín, significa «gallo»), y la naturaleza fiera y orgullosa de sus habitantes célticos pudo haber contribuido a dar esta impresión: de todas

maneras, Chantecler es aún hoy el emblema de Francia. El nombre del país cambia a la llegada de los francos, miembros de una tribu germánica que había atravesado el Rin y conquistado la parte septentrional de la Galia Romana, estableciendo allí su propia dinastía merovingia hacia el año 500 de nuestra era. La significación de *François, Français*, es «libre», de donde la denominación de «francotirador» y de «lengua franca» de los puertos mediterráneos, o según otra interpretación, «lengua de los francos» u occidentales. Lombardía, Normandía y Alemania deben su nombre a tribus germánicas. Lombardía es la tierra de los lombardos o longobardos («largas barbas»), los más belicosos y los más rudos de todos los invasores germanos que penetraron en el antiguo Imperio Romano. En la Edad Media, los lombardos eran grandes banqueros, de donde el nombre de Lombard Street («calle de los lombardos») a Londres; se ocupaban también mucho de la compra y venta, de donde el inglés *lumber* («viejos muebles»). «Normando» significa «hombre del norte»: los normandos invadieron Francia en el siglo IX; por otra parte, después de haber hecho la paz con los reyes de Francia y de haberse establecido en la región que toma su nombre, abandonaron rápidamente su propia lengua escandinava por el francés que hablaban ya, cuando partieron hacia la conquista de Inglaterra en 1066; el uso del escandinavo se mantuvo, sin embargo, en la ciudad de Bayeu hasta el siglo XII. «Alemán» era en su origen el nombre de una sola tribu germánica, la de los Alamanos o Alemanes, establecidos en una región que corresponde actualmente a Suiza, a Baviera meridional y al Tirol.

A menudo un país no es bautizado por sus habitantes, sino por sus vecinos. Ni Abisinia, ni Etiopía son nombres indígenas: el primero es árabe y significa «mezcla de razas», mientras que el segundo, que es la denominación oficial adoptada por los etíopes, es griego y quiere

decir «país de los rostros quemados». Ni Corea, ni Chosen son nombres coreanos: el primero es derivado del japonés *Korai*, que proviene, a su vez, del chino *Kao Li* («de gran belleza»); el segundo es el chino *Ch'ao Hsien* que quiere decir «frescura matinal», mientras que los coreanos llaman a su país Hankuk.

No sucede menos a menudo que un lugar lleva el nombre de un individuo. Bolivia, por ejemplo, es así llamada por el nombre de Simón Bolívar. Arabia Saudita toma su nombre de la familia Saud que reinó desde 1766, pero el adjetivo saud'i significa también «afortunada», de suerte que, por una coincidencia singular, tenemos en árabe moderno una traducción literal de la antigua denominación romana *Arabia Felix*, que, sin embargo, no se aplicaba a la misma parte de la península arábiga.

Los cambios de nombres de lugar reflejan a menudo vicisitudes históricas y políticas, no menos a menudo que ambiciones nacionalistas. En la Antigüedad, por ejemplo, la ciudad que los babilónicos llamaban Urusalim, se transformó en Jebus cuando fué ocupada por los jebusianos; después Yarushalayim (Jerusalén) cuando David la eligió para capital de su reino. Recientemente, dos regiones llamadas *Austrasia*, «reino oriental» y *Lotaringia*, «tierra de Lotario» (uno de los descendientes de Carlomagno) han dado Alsacia-Lorena, pero es el nombre francés. Cuando los alemanes ocuparon el país la llamaban *Elsass-Lothringen* y el nombre de la capital volvió a pasar de Estrasburgo a Strassburg. Las más grandes variaciones en los nombres de lugar se producen en la costa adriática, donde los viejos nombres italianos ceden el lugar a los nombres yugoslavos. Los acontecimientos históricos han hecho cambiar Zara o Zadar en Titogrado; San Petersburgo en Petrogrado, después en Leningrado. Koenisberg en Kaliningrado, y así consecutivamente: tales ejemplos serían tan numerosos como inútiles. También los nombres de calles revelan trastor-

nos políticos. En una ciudad del Mediodía, una vieja calle llamada Calle de los Reyes Franceses, devino Calle de la Revolución Francesa, según la elección de una municipalidad antimonárquica; los comunistas la reemplazaron y la calle se transformó en Calle de la Revolución Social; luego, al pasar a una administración socialista, Calle de la Evolución Social.

Algunos nombres de lugar perpetúan errores históricos. Aunque el nombre de Cristóbal Colón sea inmortalizado por Colombia, Columbia, Columbus, Colón y otros que abundan en la toponimia americana, América recibió su nombre de un cartógrafo alemán que creía equivocadamente que Américo Vesputio había descubierto el nuevo continente. En la misma época se comete otro gran error lingüístico: Cristóbal Colón, creyendo haber alcanzado las Indias, llama a los habitantes del Nuevo Mundo los indios, atribuyéndoles un nombre que hasta entonces había justamente designado a los habitantes de la India. Cuando el error fué descubierto, se recurrió a distinciones de todo género: los ingleses pensaron en los «indios rojos» o «indios de América», por oposición a los «indios del Este», pero el término de indio, sin otra etiqueta, queda pegado como una sanguijuela a los hombres del hemisferio occidental. Para evitar confusiones, se puso entonces a buscar un nuevo nombre para los indios de la India, y para colmo de error se empleó la palabra «hindú» para designar un grupo religioso y étnico. De hecho, «hindú» puede ser etimológicamente correcto para designar a los habitantes del Indostán, pero es extendida a los habitantes de la India que son de raza aria o que hablan las lenguas indo-iránicas (raza y lengua no corresponden siempre). Desde el punto de vista religioso «hindú» se aplica a los habitantes de la India (alrededor de dos tercios) que profesan la religión de Brahma, Vichnú y Civa, pues, en oposición a los musulmanes, a los sikhs, a los djains y a los adeptos de todas las otras creencias de la India.

Por extraño que esto pueda parecer, los nombres geográficos se desplazan también: Escocia, por ejemplo, deriva del latín *Scotia*, pero la *Scotia Major* de los romanos era Irlanda, no Escocia, que se llamaba *Caledonia* o *Calédonie*, del gaélico *Gaeldoine* («tierra de los gaélicos»). De una manera análoga, la antigua provincia romana de la Calabria se encontraba sobre la costa adriática, debajo del talón de la bota italiana, mientras que el *Bruttium* era la provincia que ocupaba la punta; actualmente, el *Bruttium* se ha transformado en Calabria, y la antigua *Calabria* en los Abruzos, que, aunque sin relaciones con *Bruttium*, parece al oído ser la continuación moderna. Pero la maravillosa historia de los nombres de lugar no debe, por lo tanto, hacer olvidar que la historia de los nombres de persona y de familia no presenta menos interés. Los nombres son el símbolo de la individualidad. Así, en el largo tiempo en que un individuo no tiene nombre, no es, para hablar propiamente, un individuo, pues no puede ser identificado o distinguido.

La distinción entre nombre propio y nombre común es en gran parte el producto de un pensamiento evolucionado. La distinción entre objetos animados e inanimados, que forma todavía parte de la estructura gramatical de numerosas lenguas, es más primitiva. En el origen, la distinción entre seres humanos y animales ha debido ser débil, si ella misma ha existido. El libre cambio de palabras entre las dos categorías es característica de los grupos más primitivos. «Petit Ours» es un nombre primitivo de individuo. Pero «oso» es originariamente «el bruno» o, si lo tomamos en su variante indoeuropea más común, representada por el latín *ursus*, significa «destructor». Nombres de este género pueden, pues, servir tanto para los animales como para las personas; una vez regularmente atribuidos a los animales, pueden ser fácilmente transferidos a los individuos, en virtud de semejanzas verdaderas o deseadas, con los animales.

El nombre solo, se encuentra también en numerosos grupos primitivos, asociado al de la tribu o del clan, y a menudo acompañado de un sobrenombre o de un nombre honorífico. Es incontestable que esta formación de denominaciones complejas es un producto de la vida social. Entre los indios mohawks, por ejemplo, encontramos un nombre de bautismo como «Nube Matinal», un nombre de confirmación como «Lobo Hambriento»; un nombre honorífico como «Escalpador», otro el nombre de la tribu, «Mahowk». Los romanos llevaban un nombre de pila como «Marcus», un nombre de gentes o de familia, hereditario como «Tullius» («de la gente Tullia») y un sobrenombre personal que llegaba a ser a menudo hereditario como «Cicerón» («garbanzo», a causa de una verruga sobre la nariz).

Entre numerosas tribus primitivas, los nombres de persona no se reparten en masculinos y femeninos, y el mismo nombre puede servir indiferentemente para individuos de ambos sexos: una tendencia parecida existe todavía hoy para el nombre María, que puede también aplicarse a un hombre.

La tradición cristiana, y particularmente católica romana, favorece los nombres de bautismo sacados de la Biblia o tomados de los santos del calendario. Algunos países europeos tenían el hábito de limitar por la ley la elección de los nombres de bautismo en dos categorías, a las cuales debieron agregar más tarde las de los personajes de la Antigüedad. Sin embargo, el uso, la costumbre de imponer en el bautismo nombres de santos, no se implanta sino en el siglo X. Durante los cuatro siglos precedentes, en los países donde habían penetrado los invasores germánicos, después de la caída del Imperio Romano, los nombres propios germánicos estuvieron de moda. Los documentos de este período están llenos de palabras tales como Chioberga, Childeberchtus, Bertegisilus, Helmegaudus, en Francia; Adaloald, Wolfrid, Liutprand, Theode-

linda, en Italia; Argenmundo, Egisenda, Ermenegildo, Leovigildo, en España. Algunos de entre éstos, sobreviven todavía actualmente bajo una forma más o menos modificada; el hecho de haber sido llevado por un santo los consagra, pero su origen pagano, aun totémico, queda claramente perceptible. Nombres alemanes como Adolfo y Rodolfo significan «noble lobo» y «lobo famoso»; Bernardo es «atrevido como un oso», y así consecutivamente. El nombre latino Lupus, que debía ser extremadamente común allí, en esta época y que sobrevivió en nombres de lugar como Saint Lô («San Lobo»), fué probablemente traducido del germánico, pero los romanos mismos se habían ya servido de nombres totémicos como *Ursus* («oso») y *Leo* («león»).

Un sufijo germánico que adquiere y conserva todavía una gran boga, es *-berto*, de una palabra extendida en todas las lenguas germánicas y subsistente en el solo inglés *bright* (antiguo inglés *beorht*), «brillante»: Alberto es «brillante de honor», Roberto «brillante de reputación»; la raíz simple aparece en el femenino Berta, al cual corresponde exactamente el latín Clara o Claire. El procedimiento de formación de los nombres no varía mucho de una lengua a otra, en sus grandes líneas. El griego Filipo significa «amigo de los caballos»; el celta Arturo «noble»; el persa Ciro «sol». Los nombres hebreos se distinguen por una nota religiosa, que falta ordinariamente en los de otra procedencia: la terminación *-el* de nombres como Emanuel, Gabriel, Miguel, significa «Dios» o «de Dios»; Emanuel quiere decir «Dios es con nosotros»; Gabriel «el hombre de Dios»; Miguel «parecido a Dios»; Daniel «Dios es juez». Jesús deriva, por intermedio del latín de la forma griega *Iēsous* que da el hebreo *Yēshū'a*, «salvador», y es un nombre de pila masculino muy extendido en España y en la América Latina.

El alemán Ludwig, el inglés Lewis, nuestro Luís, son todas variantes de un nombre germánico que significa

«valiente guerrero». *Chlodovechus* es la forma que toma este nombre en los documentos latinos de Galia después de la ocupación franca, y Clodoveo, el primer rey merovingio, lleva en el fondo el mismo nombre que su sucesor Capeto lejano, Luis XVI.

Algunos nombres están lejos de ser lisonjeros para los que los llevan, como Claudio (latín «cojo»), Priscila (latín «vejete»), Jorge (griego «paisano»); otros, como Ursulus, «osito», son cuestión de gusto. Y a veces pueden resueltamente caer en el ridículo como ocurre en ciertos nombres de pila femeninos americanos, de un uso reciente, que han sido traídos de lenguas extranjeras, particularmente del italiano y del español, sin cuidado de su significación en su lengua de origen; es el caso de bellas jóvenes (cuando, además, no se trata de «estrellas»), que llevan nombres como Lana «lana»; Mona «mona», pero que significa también en jerga «desconcertante»; Greta, «mediocre», «mezquina»; Bufa «picaresca»; Natica, «nalga», «grupa». Lo que evoca el hábito tomado por una tribu indígena de Nyassa, de elegir nombres propios en el catálogo de una casa editorial inglesa, caído entre sus manos Dios sabe cómo: es así como su jefe se adornó con el nombre sonoro «Oxford University Press».

El uso de los nombres de familia, en tanto que distintos de los nombres primitivos de clanes y de tribus, que cayeron en desuso después de la ruina del Imperio Romano, no se instauró en Europa antes del siglo XII, en que familias venecianas comenzaron a transmitirse, de padre a hijo, un segundo nombre. Al principio fué el empleo esporádico de nombres patronímicos como Walter John's, sonido que se transformó ulteriormente en Walter Johnson; de nombres de arte y oficio como Lefèvre, Meunier; de nombres de lugar como Juan de la Fontaine, Pedro du Bois, que se transformó en Dubois en una palabra. No faltan sobrenombres como Lebrun, Barberousse. Éstas no fueron allá las únicas fuentes de nombres de familia. Algunos se re-

fieren a un hábito característico de un lejano antepasado: Boileau, como el italiano Bevilacqua y el inglés Drinkwater recuerda las tendencias antialcohólicas de uno de los antepasados. Lebranc, como el inglés White, el italiano Bianchi, el alemán Weiss, el ruso Byelov y el galés Gwynne, es un sobrenombre debido a un miembro de la familia prematuramente encanecido.

Los sufijos y los prefijos indican también la nacionalidad de los nombres de familia, el sufijo *-ian* (por ejemplo Bragamian), es armenio; *-quist-rup*, *-holm*, *-dahl*, *-gren* y *-sen* (Lindquist, Northrup, Lindholm, Nordahl, Karlgren, Hansen, etc.), son escandinavos; *-ez* (Pérez), es español; *-berg*, *-burg*, *-stein*, *-sohn*, son alemanes, escandinavos o idisch, es decir, hebreos germanizados; *-ich* (Kavageorgevich) es yugoslavo; *-yi* (Perenyi) es húngaro; *-off* u *-ov* (Molotoff, Mo'otov) es ruso; *-eff* o *-ev* (Georgieff, Georgiev) es ruso o búlgaro; *-enko* (Kravchenko) es ucraniano; *-wicz* (Sienkiewicz) es polaco; *-ski* (Paderewski) es polaco, pero su variante *-skij* (Kerenskij) es ruso. Entre los prefijos, *van* (Van Dyck) es holandés o flamenco, *von* (Von Hindenburg) es alemán, *de* puede ser francés, italiano, español o portugués (de Musset, de Avila, de Robertis, de Vasconcellos).

MARIO PEI.

Histoire du langage.
Payot, París, 1954.

Traducción de Balbanera Raquel Enríquez.

A propósito de la Gestalttheorie

Entre las hondas crisis que se han ido promoviendo en el curso de la Historia de la Psicología, reserva sin duda un lugar de privilegio, el movimiento que corresponde a la Gestalttheorie, según la denominación castellana, Teoría de la Forma. Y este privilegio lo acredita particularmente no el hecho de constituir una concepción más, con renovados enfoques frente a las interpretaciones tradicionales, sino la feliz circunstancia de ofrecer un planteamiento crucial y una coherente fusión de perspectivas en la problemática de las funciones psíquicas y, muy especialmente, en la comprensión y explicación de la conducta, sea humana o animal.

El itinerario impreso por los hombres de la llamada Escuela de Berlín (Wertheimer, Koffka y Köhler) afirma, tras sólidas fundamentaciones, la posibilidad de instituir una psicología con carácter de disciplina científica en la medida que se determine un enlace solidario entre las nociones de naturaleza, vida y espíritu, sobre cuya base podrá erigirse una teoría de la conducta que se proponga el estudio de sus conexiones causales dentro de un campo funcional, caracterizado como *campo total* en tanto incluye al sujeto y a su mundo en torno.

Esta teoría de *campo*, sustentada por la Gestalt, permite explicar y comprender a la vez de un modo más coherente, actividades funcionales como, por ejemplo, la inteligencia o la memoria, en virtud de la solidaridad que dicha noción supone entre los estímulos del mundo exterior, la organización fisiológica y las leyes propias de la experiencia consciente, instancias éstas que en las psicologías anteriores se resistían a tan feliz integración.

Para que sea posible el acto del percibir, los objetos deben segregarse dentro de un campo determinado, donde cada objeto reserva la forma según la cual irrumpe desde un fondo indiferenciado. Esta segregación supone la aniquilación de ciertos elementos que pasan a ser fondo para que algo con relieve propio, cierre y organización se instituya como figura. Lo que primero se nos da son todos, unidades, conjuntos y tanto más nítidamente cuanto más se logren dichas condiciones. Esto explica, por otra parte, el conocido fenómeno del «camouflage» cuyo secreto consiste en la ruptura del cierre, y por ende de la organización, para que el objeto se diluya en el fondo y deje de segregarse como figura. Tal organización es configurada por autodistribuciones dinámicas que ocurren en la red nerviosa cortical, de modo que los estímulos son tan sólo impactos, por sí mismos indiferenciados. En suma, según la Teoría de la Forma, la percepción únicamente es posible mediante la participación contemporánea de los estímulos, de la corteza cerebral que autoorganiza y de la reacción psíquica en función de los resultados de la organización. De donde se desprende que en el campo perceptivo tienen lugar procesos en primer y segundo plano, es decir, como figura o como fondo, términos éstos que no son exclusivos de dicha función ya que también es posible, en virtud de dichas instancias, comprender los infinitos esquemas dinámicos que ocurren en el organismo, que no son otra cosa que autodistribuciones y segregaciones en relación con su adaptación y equilibrio frente a las presiones e influjos del mundo exterior. Un reflejo como el rotuliano o el palpebral, por ejemplo, constituye un proceso en primer plano que segrega como figura en el fondo total del organismo, fondo que sin duda no es indiferente ya que él puede determinar en virtud de sus condiciones químicas, secretorias o vegetativas, tal o cual inhibición, tal o cual inversión refleja. Por consiguiente, el organismo no es un conjunto de par-

tes puestas unas al lado de las otras sino una estructura solidaria que tiende a la homogeneidad y al equilibrio con su medio y que revela en cada uno de sus actos y funciones la tendencia a la *forma*, es decir, a la configuración de sus procesos.

En el plano de la memoria la Gestalt aporta un nuevo enfoque que invalida, entre otras, las viejas tesis asociacionistas y los sistemas de huellas o engramas cerebrales, señalando una solución más lúcida para dar término a las arduas polémicas acerca de sus funciones específicas. La retención de los recuerdos que forman parte de nuestra memoria personal, operando según conjuntos de huellas, ahora de naturaleza dinámica, supone idénticas leyes de organización que las que rigen en la función perceptiva y, precisamente, el valor de supervivencia de dichas huellas dinámicas depende del mayor o menor grado con que se ha determinado dicha organización. Las huellas que corresponden a materiales con sentido son más estables y, por consiguiente, siendo mayor su estabilidad, su poder reproductivo es también más eficaz. La diferencia reside entonces en el tipo de organización y no en el número e intensidad de los enlaces, tal como fuera sustentado por la psicología tradicional. De ahí que el cometido de una didáctica orientada hacia el éxito del aprendizaje consistiría, sobre todo, en ofrecer material organizado y enseñar, por ejemplo, una lengua no por elementos sino por significaciones. De un modo análogo, la evocación y el reconocimiento de los recuerdos está en función de las condiciones del campo total y lo válido es la ligazón entre los miembros, circunstancia ésta que se torna patente en los casos de olvido donde rechazamos en la búsqueda todo aquello que no se ajusta al enlace original.

En oposición con las concepciones de tipo elementarista, la Gestalt considera a la inteligencia como un acto configurativo y comprensivo de la situación. De tal manera,

la solución que logra éxito en la denominada conducta inteligente no es un azar ni un simple agregado de partes, sino una aprehensión de la situación que irrumpe súbitamente de una relación estructural que resume un todo conectado e interrelacionado. Superando así el viejo método de ensayos y errores y las ideas desde allí derivadas que explicaban las conductas primitivas como suma de partes y frecuencias en función del éxito alcanzado, establece la Gestalt el criterio de una toma de posición, de un inventar la solución y resolverla, factores que se ponen de manifiesto en las conductas de los animales superiores, en los movimientos de *rodeo*, en el alejamiento del obstáculo y en la fabricación de instrumentos. Existe, pues, conducta inteligente cuando entre el estímulo y la acción se introducen miembros intermediarios, cuando se da una comprensión de relaciones (*insight*) y, por lo tanto, la aprehensión de una síntesis nueva no dada por los simples elementos. Se trata de una reorganización intuitiva del campo perceptivo en tanto las partes cobran sentido en función del todo; campo perceptivo que incluye al sujeto como unidad integral y al medio en torno, en la medida que este medio es el lugar en que ocurre una determinada conducta.

Por aquí apuntamos, finalmente, a la concepción de la conducta que nos brinda la Gestalt y cuya interpretación adecuada debe partir de la idea de *campo total*, es decir, de un espacio vital psicológico (Lewin) en el que están incluidos el Yo y su situación. La conducta expresa, en consecuencia, el juego de un conglomerado de fuerzas y tensiones entre el sujeto y su medio cuando se produce una ruptura del equilibrio entre ambas instancias. Ese medio puede considerarse como medio geográfico o como medio de comportamiento, ya que aun cuando vivamos en un cierto lugar, ese lugar no es el mismo para todos cuando está referido a cada conducta. Luego, el ejercicio de un comportamiento dentro del campo psicológico pone en